



Honoré de Balzac

La Prima Bela

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Honoré de Balzac

La Prima Bela

A D. Miguel Ángel Cajetani

Príncipe de Téamo

No es al príncipe romano, ni al heredero de la ilustre casa de Cajetani, que ha suministrado Papas a la Cristiandad, a quien dedico este pequeño fragmento de una larga historia, sino al sabio comentarista del Dante.

Usted me ha hecho descubrir la maravillosa armazón de ideas sobre la que el más grande de los poetas italianos ha construido su poema, el único que los modernos pueden oponer al de Homero. Antes de oír a usted, la Divina Comedia parecíame un inmenso enigma, cuya solución nadie había encontrado, y menos que nadie los comentaristas. Comprender de ese modo a Dante es ser tan grande como él; bien que todas las grandezas le son a usted familiares.

Publicando, en un volumen dogmático, la improvisación con que usted hubo de encantarme en una de las veladas en que se descansa de haber visto Roma, un sabio francés lograría una reputación, ganaría una cátedra y muchas cruces. Quizá usted ignora que la mayor parte de nuestros catedráticos viven sobre Alemania, sobre Inglaterra, sobre el Oriente o sobre el Norte, como insectos posados sobre un árbol; y, como el insecto, llegan a convertirse en parte integrante de aquél, pidiendo prestado su valor al del sujeto. Italia no ha sido explotada aún en cátedra abierta. Por eso no se me tendrá nunca en cuenta mi discreción literaria. Despojándole a usted, habría podido convertirme en un hombre docto con la fuerza de tres Schlegel, mientras que ahora voy a quedarme en simple doctor en medicina social, veterinario de las enfermedades incurables, aunque no sea más que para ofrecer un testimonio de agradecimiento a mi cicerone y unir el ilustre nombre de usted a los de los Porcia, los San Severino, los Pareto, los de Negro, los Belgiojoso que, en La comedia humana, representarán aquella íntima y continua alianza entre Italia y Francia, que ya el obispo Bandello, autor de cuentos muy picarescos, consagraba de la misma manera en el siglo XVI, en aquella magnífica colección de novelas de Shakespeare, algunas veces hasta partes enteras y textualmente.

Los dos bosquejos le dedico constituyen las dos fases eternas de un mismo hecho. Homo duplex, ha dicho nuestro Buffon; ¿por qué no añadir: Res duplex? Todo es doble, hasta la virtud. También Molière presentaba siempre los dos lados de todo problema humano; Diderot, a imitación suya, escribió un día Esto no es un cuento, quizá la obra maestra de Diderot, donde presenta la sublime figura de la señorita Lachaux inmolada por Gardanne, frente a la de un amante perfecto muerto por su querida. Mis dos novelas están, pues,

colocadas en pareja, como dos gemelos de sexo distinto. Es una fantasía literaria a la que por una vez puede uno entregarse, sobre todo en una obra donde se intenta representar todas las formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas todo en una obra donde se intenta representar formas que sirven para vestir el pensamiento. La mayor parte de las disputas humanas proceden de que existen a la vez sabios e ignorantes, constituidos de tal manera, que no ven más que un solo lado de los hechos o de las ideas, no ver pretende que la cara que ha visto es la única verdadera, la única buena. Así el Libro Santo ha lanzado esta frase profética: «Dios ha entregado el mundo a las disputas de los hombres.» Confieso que este solo pasaje la Escritura debiera inducir a la Santa Sede para darle a usted el gobierno de las dos Cámaras, para obedecer a aquella sentencia comentada, en 1814, por disposición de Louis XVIII.

Que su talento y la poesía que lleva usted en sí protejan a los dos episodios de Los parientes pobres.

De vuestro afectísimo servidor,

DE BALZAC

París, agosto-septiembre de 1846.

LA PRIMA BELA

Hacia mediados del mes de julio del año de 1838, uno de esos coches recientemente puestos en circulación por las plazas de París, llamados milores, rodaba por la calle de la Universidad, conduciendo a un hombre grueso, de mediana estatura, vestido con el uniforme de la Guardia Nacional.

Entre el número de esos parisienses acusados de ser tan espirituales encuéntrase los que se creen infinitamente mejor de uniforme que con su traje ordinario, y que suponen en las mujeres gustos lo bastante depravados como para imaginar que han de verse favorablemente impresionadas ante el aspecto de una gorra de pelo y por el arnés militar.

El rostro de aquel capitán, perteneciente a la segunda legión, respiraba una propia satisfacción, que hacía resplandecer su tez encendida de color y su rostro medianamente mofletudo. Ante aquella aureola que la riqueza adquirida en el comercio pone en la frente de los tenderos ya retirados, adivinábase en el capitán a uno de los elegidos de París, por lo menos antiguo adjunto de su distrito. Creed también que no faltaba la cinta de la Legión de Honor sobre su pecho, arrogantemente combado a la prusiana. Instalado altivamente en el rincón del milor, aquel hombre condecorado dejaba errar sus miradas sobre los transeúntes que, a menudo, en París, recogen de este modo agradables sonrisas dirigidas a hermosos ojos ausentes.

El milor se detuvo en la parte de calle comprendida entre la de Bellechasse y la de Borgoña, a la puerta de una gran casa recientemente construida, sobre una parte del patio de un antiguo palacio con jardín. Habían respetado el palacio, que conservaba su primitiva forma en el fondo del patio reducido a la mitad.

Sólo en el modo como el capitán aceptó los servicios del cochero para bajar del milor habríase reconocido al cincuentón. Hay gestos cuya franca pesadez tiene toda la indiscreción de una partida de bautismo. El capitán volvió a ponerse el guante amarillo de la mano diestra y, sin preguntar nada al portero, dirigióse hacia la gradería del piso bajo del palacio, con un aire que parecía querer decir: «Esta mujer es mía.» Los porteros de París tienen un golpe de vista certero y no detienen nunca a las gentes condecoradas, vestidas de azul y de grave andar; en suma, conocen a los ricos.

Aquel piso bajo estaba todo él ocupado por el señor barón Hulot de Ervy, comisario ordenador en tiempos de la República, antiguo intendente general del Ejército y director entonces de una de las más importantes administraciones del Ministerio de la Guerra, consejero de Estado, gran oficial de la Legión de Honor, etc.

Este barón Hulot habíase llamado él mismo de Ervy, lugar de su nacimiento, para distinguirse de su hermano, el célebre general Hulot, coronel de los granaderos de la Guardia Imperial, a quien el emperador había hecho conde de Forzheim después de la campaña de 1809. El hermano mayor, el conde, encargado de la custodia de su hermano menor, por paternal prudencia habíalo colocado en la administración militar, donde, gracias a sus dobles servicios, el barón obtuvo y mereció el favor de Napoleón. Desde 1807 el barón Hulot era intendente general de los ejércitos de España.

Después de haber llamado, el capitán burgués hizo grandes esfuerzos para colocarse en su sitio el uniforme, que se había levantado, tanto por detrás como por delante, empujado por la acción de un vientre piriforme. Recibido tan pronto como le hubo visto un criado de librea, aquel hombre importante e imponente siguió al criado que, abriendo la puerta del salón, dijo:

-El señor Crevel.

Al oír aquel nombre, admirablemente adecuado al talante de quien lo llevaba, una señorona rubia, muy bien conservada, pareció como si hubiese recibido una conmoción eléctrica y se levantó.

-Hortensia, ángel mío, vete al jardín con tu prima Isabela -dijo vivamente a su hija, que bordaba a algunos pasos de ella.

Después de haber saludado graciosamente al capitán, la señorita Hortensia Hulot salió por una puerta vidriera, llevándose consigo a una vieja solterona que parecía de más edad que la baronesa, aunque tuviese cinco años menos.

-Se trata de tu matrimonio -dijo la prima Bela al oído de su prima Hortensia, sin mostrarse ofendida por las maneras que la baronesa usaba para despedirlas, contando apenas con ella.

La manera de vestir de aquella prima hubiese, en caso de necesidad, explicado la falta de consideraciones con que era tratada.

Aquella solterona llevaba un traje de merino color pasa, cuyo corte y galones databan de la Restauración, una pañoleta bordada, que podría valer tres francos, y un sombrero de paja cosida con adornos de satén azul bordados, como se ve entre las vendedoras del mercado. Ante el aspecto de los zapatos, de piel de cabra, cuya forma delataba la mano de un zapatero de ínfima clase, un extraño hubiera vacilado para saludar a la prima Bela como a una parienta de la casa, pues parecía enteramente una costurera de diario. Con todo, la solterona no salió sin hacer un afectuoso saludo al señor Crevel, saludo al cual este personaje respondió con un signo de inteligencia.

-¿Vendrá usted mañana, verdad, señorita Fischer? -dijo.

-¿No tiene usted gente? -Preguntó la prima Bela.

-Mis hijos y usted, nada más -replicó el visitante.

-Bien -respondió-; entonces, cuente conmigo.

-Aquí estoy, señora, a sus órdenes -dijo el capitán de la milicia burguesa, saludando de nuevo a la baronesa Hulot.

Y lanzó sobre la señora Hulot una mirada como la que Tartufo lanza a Elmira cuando un actor de provincias cree necesario señalar las intenciones de su papel, en Poitiers o en Coutances.

-Si quiere usted seguirme por aquí, caballero, estaremos mucho mejor que en este salón, para hablar de negocios -dijo la señora Hulot, designando una habitación próxima que, en la distribución de la casa, estaba destinada a sala de juego.

Aquella habitación no estaba separada más que por un ligero tabique del tocador, cuya ventana daba sobre el jardín, y la señora Hulot dejó al señor Crevel solo durante un momento, pues creyó necesario cerrar la ventana y la puerta del tocador, a fin de que nadie pudiese ir a escucharles. Tuvo asimismo la precaución de cerrar también la puerta vidriera del salón grande, sonriendo a su hija y a su prima, que vio sentadas en un antiguo quiosco, en el fondo del jardín. Volvió, dejando abierta la puerta de la sala de juego, con el fin de oír abrir la del salón grande si alguien entraba en él. Yendo y viniendo de este modo, la baronesa, no siendo observada por nadie, dejaba que su fisonomía expresase todos sus pensamientos; y quien la hubiese visto, casi se hubiera asustado de su agitación. Pero volviendo de la puerta de entrada del salón grande a la sala de juego, su rostro se ocultó bajo aquella reserva impenetrable que todas las mujeres, aun las más francas, parecen tener a sus órdenes.

Durante estos preparativos, por lo menos singulares, el guardia nacional examinaba los muebles del salón donde se hallaba. Viendo los cortinones de seda antaño rojos, desteñidos en violeta por la acción del sol y limados en los pliegues por un largo uso; una alfombra de donde habían desaparecido los colores; muebles desdorados, cuya seda jaspeada de manchas veíase usada por bandas, muestras de desdén, de contento y de esperanza sucediéronse ingenuamente sobre su llano rostro de comerciante hecho rico. Mirábase en el espejo, por encima de un antiguo reloj Imperio, pasándose a sí mismo revista, cuando el frufrú del traje de seda anuncie la presencia de la baronesa, recobrando su primitiva posición.

La baronesa, después de haberse dejado caer sobre un pequeño sofá, que seguramente habría sido muy lindo allá por el año de 1809, indicó a Crevel una butaca cuyos brazos estaban terminados por bronceadas cabezas de esfinge, cuya pintura se iba por escamas, dejando ver a trozos la madera, haciéndole señas para que se sentase.

-Estas precauciones que toma usted, señora, serían un augurio encantador para un...

-Un amante -replicó ella, interrumpiendo al guardia nacional.

-La palabra es débil -dijo él, colocando su diestra sobre su corazón y poniendo en blanco unos ojos que casi siempre hacen reír a una mujer cuando pueden contemplar fríamente semejante expresión-. ¡Amante! ¡Amante! Diga usted embrujado...

-Escuche usted, señor Crevel -dijo la baronesa, demasiado seria para poder reír- Tiene usted cincuenta años, es decir, diez menos que el señor Hulot, lo sé; pero a mi edad las locuras de una mujer deben estar justificadas por la belleza, por la juventud, por la celebridad, por el mérito, por alguno de esos esplendores que nos deslumbran hasta el punto de hacernos olvidarlo todo, hasta nuestra edad. Si usted tiene cuarenta mil libras de renta, en cambio su edad contrapesa su fortuna; por eso, usted no posee nada de cuanto una mujer puede exigir.

-¿Y el amor? -dijo el guardia nacional, levantándose y avanzando-. Un amor que...

-No, caballero, amor no, terquedad -dijo la baronesa, interrumpiéndole, para poner fin a aquella ridiculez.

-Sí, terquedad y amor -repuso él-, y también algo mejor, derechos...

-¡Derechos! -gritó la señora Hulot, que se mostró sublime de desprecio, de reto, de indignación-. Pero -repuso ella- con este tono no acabaremos nunca, y yo no le he pedido a usted que viniese aquí para hablar de lo que fue causa de que le despidiese, a pesar del parentesco de nuestras dos familias...

-Yo he creído...

-¡Todavía! -repuso ella-. ¿No ve usted, caballero, en la manera ligera y desenvuelta con que hablo de amante, de amor y de todo cuanto hay de más escabroso para una mujer, que estoy completamente segura de ser virtuosa? No temo nada, ni siquiera a que se sospeche de mí por encerrarme con usted. ¿Es ésta la conducta de una mujer débil? ¡Bien sabe usted por qué le he rogado que viniese!...

-No, señora -replicó Crevel, adoptando un aire frío.

Se mordió los labios y recobró su posición.

-Pues bien: seré breve para abreviar nuestro mutuo suplicio -dijo la baronesa Hulot, mirando a Crevel.

Crevel hizo un saludo irónico, en el cual un hombre del oficio habría reconocido las maneras de un antiguo viajante de comercio.

-Nuestro hijo se casó con su hija...

-¡Si volviera a tener que hacerse...! --dijo Crevel.

-Ese matrimonio no se haría -respondió vivamente la baronesa-, lo dudo. Con todo, usted no tiene por qué quejarse. Mi hijo no sólo es uno de los primeros abogados de París, sino que además es diputado desde hace un año, y su aparición en la Cámara fue lo bastante sonada como para hacer pensar en que dentro de poco tiempo será ministro. Victorino ha sido nombrado dos veces ponente de leyes importantes y, si quisiera, podría ser ya abogado de la Sala de casación. Así, pues, si quiere usted darme a entender que tiene un yerno sin suerte...

-Un yerno a quien me veo obligado a sostener -repuso Crevel-, lo que me parece peor, señora. De los quinientos mil francos constituidos como dote de mi hija, doscientos han ido a parar Dios sabe dónde... a pagar las deudas de su señor hijo, a amueblar de un modo sorprendente su casa, una casa de quinientos mil francos que apenas si renta quince mil, porque él ocupa la mejor parte, sobre la que debe doscientos sesenta mil francos... Apenas si la renta cubre los intereses de la deuda. Este año tengo que dar a mi hija una veintena de miles de francos para que puedan comer. Y mi yerno que, según dicen, ganaba treinta mil francos en los Tribunales, va a descuidar los Tribunales por la Cámara...

-Eso, señor Crevel, es algo aparte que nos aleja del asunto. Pero para acabar con todo eso, si mi hijo llega a ser ministro, si le hace a usted nombrar oficial de la Legión de Honor y consejero de la Prefectura de París, creo que para un antiguo perfumista no tendrá usted por qué quejarse.

-¡Ah! Ya estamos en ello, señora. Soy un tendero, un comerciante, un antiguo vendedor de pasta de almendra, de agua de Portugal y de aceite cefálico, y debo sentirme muy honrado con haber casado a mi hija única con el hijo del señor barón Hulot de Ervy, pues mi hija será baronesa. Esto es Regencia, es Luis XV, es aristocrático, está muy bien... Quiero a Celestina como se quiere a una hija única; la quiero tanto que, para no darle

hermanos, acepté todos los inconvenientes de la viudedad en París (¡y en la fuerza de la edad, señora!); pero sepa usted que, a pesar de ese insensato amor para mi hija, no mermaré mi fortuna para su hijo, cuyos gastos a mí, que soy negociante, no me parecen claros.

-Caballero, en este mismo instante ve usted en el Ministerio de Comercio al señor Popinot, un antiguo droguista de la calle de los Lombardos...

-¡Amigo mío, señora!... -dijo el perfumista retirado- Porque yo, Celestino Crevel, antiguo primer dependiente del padre César Birotteau, compré las existencias del dicho Birotteau, suegro de Popinot; el cual Popinot, simple dependiente en aquel establecimiento, es quien me lo recuerda, pues no acostumbra a ser orgulloso (es una justicia que hay que hacerle) con las gentes acomodadas y que poseen sesenta mil francos de renta.

-Bueno, caballero; las ideas que usted califica con la palabra Regencia no están ya en su lugar en una época en que se acepta a los hombres por su valor personal; y eso es lo que usted ha hecho al casar a su hija con mi hijo...

-¡Usted no sabe cómo se concertó ese matrimonio! -exclamó Crevel- ¡Ah! ¡Maldita vida de soltero! ¡Sin mis calaveradas, mi Celestina sería hoy la vizcondesa de Popinot!

-Pero una vez más, no discutamos sobre cosas pasadas -repuso enérgicamente la baronesa- Hablemos del motivo de queja que me proporciona la conducta extraña de usted. Mi hija Hortensia ha podido casarse; su matrimonio dependía completamente de usted; le creía animado de sentimientos generosos; pensé que sabría hacer justicia a una mujer que jamás ha tenido en su corazón otra imagen que la de su marido; que habría usted reconocido la necesidad en que estaba de no recibir a un hombre capaz de comprometerla, y que usted se apresuraría, por honor a la familia con la que está unido, a favorecer el enlace de Hortensia con el consejero señor Lebás... Y usted, caballero, ha hecho fracasar ese matrimonio...

-Señora -respondió el antiguo perfumista-, he obrado como un hombre honrado. Vinieron a preguntarme si los doscientos mil francos de dote atribuidos a la señorita Hortensia serían pagados, y yo respondí textualmente lo siguiente: «No lo garantizaría. Mi yerno, a quien la familia Hulot constituyó como dote una suma semejante, tenía deudas, y creo que si el señor Hulot de Ervy muriese mañana, su viuda se quedaría sin pan.» Esto es todo, hermosa señora.

-¿Habría usted empleado ese lenguaje, caballero -preguntó la señora Hulot, mirando fijamente a Crevel-, si por usted hubiera yo faltado a mis deberes?...

-No habría tenido derecho para decirlo, querida Adelina -exclamó aquel singular amante, cortando la palabra a la baronesa-, porque usted habría encontrado la dote en mi cartera...

Y uniendo la acción a la palabra, el gordo Crevel puso una rodilla en tierra, y viendo a la señora Hulot sumida por aquellas palabras en un mudo horror, que él tomó por incertidumbre, le besó la mano.

-Comprar la felicidad de mi hija a costa de... ¡Oh! Levántese usted, caballero, o llamo...

El antiguo perfumista se levantó con gran dificultad. Aquella circunstancia púsole tan furioso, que recobró su posición. Casi todos los hombres se encariñan con una postura con la que creen hacer resaltar todas las ventajas de que les ha dotado la Naturaleza. En Crevel esta actitud consistía en cruzar los brazos a la manera de Napoleón, poniendo la cabeza de perfil y lanzando su mirada como el pintor se la hacía dirigir en su retrato, es decir, hacia el horizonte.

-Guardar -dijo él, con un furor bien fingido-, guardar respetos a un liberti...

-A un marido, caballero, que se los merece -repuso la señora Hulot, interrumpiendo a Crevel para no dejarle pronunciar palabras que no quería oír.

-Mire, señora, usted me ha escrito para que viniese, usted quiere saber las razones de mi proceder, usted me saca de quicio con sus actitudes de emperatriz, con su desdén y su... desprecio. ¿No se diría que yo soy un negro? Créame, se lo repito, tengo derecho para hacerle... para hacerle a usted la corte... pues... Pero, no, la quiero a usted demasiado para callarme...

-Hable usted, caballero; dentro de pocos días cumplo cuarenta y ocho años y no soy una necia mojigata; puedo oírlo todo...

-Vamos a ver... ¿Me da usted su palabra de mujer honrada -pues, desgraciadamente para mí, es usted honrada- de no nombrarme nunca, de no decir que soy yo quien la descubrió este secreto?

-Si ésa es la condición de la revelación, le juro no decir nunca a nadie, ni siquiera a mi marido, la persona por quien yo haya sabido las enormidades que usted va a confiarme.

-Lo creo, puesto que no se trata más que de usted y de él.

La señora Hulot palideció.

-¡Ah, si todavía quiere usted a Hulot, va usted a sufrir! ¿Quiere usted que me calle?

-Hable usted, caballero, puesto que, según dice, se trata de justificar ante mis ojos las declaraciones que me ha hecho y su persistencia en atormentar a una mujer de mi edad, que quisiera casar a su hija y después... morirse tranquila.

-Usted lo ve, es desgraciada...

-¿Yo, caballero?

-¡Sí, bella y noble criatura! -exclamó Crevel- No has hecho más que sufrir demasiado...

-¡Caballero, cálese usted y salga, o hábleme de una manera conveniente!

-¿Sabe usted, señora, cómo nos conocimos el señor Hulot y yo?... En casa de nuestras queridas, señora.

-¡Oh! ¡Caballero!...

-En casa de nuestras queridas, señora -repitió Crevel con tono melodramático, abandonando su posición para hacer un gesto con la mano derecha.

-Está bien, caballero. ¿Y después? -dijo tranquilamente la baronesa, con gran aturdimiento de Crevel.

Los seductores de poco más o menos jamás comprenden a las almas grandes.

-Yo, viudo desde hace cinco años -repuso Crevel, hablando como un hombre que se dispone a contar su historia-, no queriendo volverme a casar, por el interés de mi hija, a la que idolatro, y no queriendo tampoco tener líos en mi casa, aunque tuviese entonces una muy bonita señora en la caja, le puse un piso, según se acostumbra a decir, a una obrerita de quince años, de una belleza milagrosa y de la que, lo confieso, me enamoré hasta perder la cabeza. Tanto, señora, que rogué a mi propia tía, haciéndola venir de mi país (¡la hermana de mi madre!) que viviese con aquella encantadora criatura y la vigilase, con el fin de que permaneciese todo lo prudente que era posible en aquella situación, ¿cómo diré?... chocante... no, ilícita... La pequeña, cuya vocación para la música era visible, tuvo maestros y recibió educación (¡había que ocuparla en algo!). Por otra parte, yo quería ser a la vez su padre, su bienhechor y, soltemos la palabra, su amante; matar dos pájaros de un tiro, haciendo una buena acción y una buena amiga. He sido feliz durante cinco años. La pequeña tiene una de esas voces que son la fortuna de un teatro, y no puedo calificarla de otro modo que diciendo que es un Duprez en enaguas. Me ha costado dos mil francos al año, únicamente para proporcionarle su talento de cantante, y tan loco me volvió por la música, que tuve abonado para ella y para mi hija un palco en los Italianos. Yo iba a él, alternativamente, un día con Celestina y otro día con Josefa...

-Pero ¡cómo! ¿Esa ilustre cantante...?

-Sí, señora -repuso Crevel con orgullo- Esa famosa Josefa me lo debe todo... En fin, cuando la pequeña tuvo veinte años, en 1834, creyendo haberla ligado a mí para siempre y habiéndome vuelto muy débil con ella, quise procurarle algunas distracciones dejándola verse con una linda actriz joven llamada Jenny Cadine, cuyo destino tenía alguna semejanza con el suyo. También esta actriz se lo debía todo a un protector, que la había educado a su gusto. Este protector era el barón Hulot...

-Lo sé, caballero -dijo la baronesa con voz tranquila y sin la menor alteración.

-¡Bah! -gritó Crevel, cada vez más asombrado-. ¡Está bien! Pero ¿sabe usted que ese monstruo de hombre protegió a Jenny Cadine a la edad de trece años?

-Lo sé, caballero. ¿Y qué más? -dijo la baronesa.

-Como Jenny Cadine -repuso el antiguo negociante tenía veinte años, lo mismo que Josefa, cuando se conocieron, el barón representaba el papel de Luis XV junto a la señorita de Romans, desde 1826, y usted tenía entonces doce años menos...

-Caballero, he tenido mis razones para dejar al señor Hulot en libertad.

-Esa mentira, señora, bastará indudablemente para borrar todos los pecados que usted haya cometido y le abrirá las puertas del cielo -replicó Crevel con un aire sagaz que hizo ruborizarse a la baronesa-. Diga usted eso a otros, mujer sublime y adorada; pero no al padre Crevel que, sépalo usted bien, ha banquetado en partidas de dos a dos demasiadas veces con su infame marido para no saber todo lo que usted vale. Muchas veces, entre copa y copa, dirigíase reproches, detallándome las perfecciones de usted. ¡Oh! La conozco a usted bien; es usted un ángel. Entre una muchacha de veinte años y usted, un libertino vacilaría; yo, no vacilo.

-¡Caballero!...

-Bueno, me detengo... Pero sepa usted, santa y digna mujer, que los maridos, una vez borrachos, cuentan tantas cosas de sus esposas en casa de sus queridas, que ríe uno hasta reventar.

Las lágrimas de pudor que rodaron entre las hermosas pestañas de la señora Hulot detuvieron en seco al guardia nacional, quien ya no pensó en volverse a poner en posición.

-Continuaré -dijo-. El barón y yo nos hicimos amigos por nuestras queridas. El barón, como todas las gentes viciosas, es muy amable y realmente un buen muchacho. ¡Oh, cómo me agradaba aquel perillán! Tenía unas ocurrencias... En fin, dejemos esos recuerdos... Llegamos a ser como hermanos... El infame, completamente Regencia, trataba de depravarme, predicándome el sansimonismo con respecto a las mujeres, dándome ideas de gran señor, de aristócrata; pero vea usted, yo quería mi pequeña hasta el punto de haberme casado con ella, si no le hubiese temido a tener hijos. Entre dos viejos papás, amigos... como lo éramos nosotros, ¿cómo quiere usted que no pensásemos en casar a nuestros hijos? Tres meses después del matrimonio de su hijo con mi Celestina, Hulot (no sé cómo pronuncio su nombre, ¡el infame!, puesto que nos ha engañado a los dos, señora), pues bien, el infame me sopló a mi pequeña Josefa. Ese malvado, que se sabía suplantado por un joven consejero de Estado y por un artista (¡perdone lo poco!) en el corazón de Jenny Cadine, cuyos éxitos eran cada vez más burlones, me quitó mi pobre queridita, una bendición de Dios; pero seguramente la habrá visto usted en los Italianos, donde él la hizo entrar con su influencia. Su marido no es tan prudente como yo, que soy tan pautado como un papel de música (había ya gastado mucho con Jenny Cadine, que le costaba muy cerca de treinta mil francos al año). Pues bien, sépalo usted, señora, acaba de arruinarse por Josefa. Josefa es judía, se llama Mirah, que es el anagrama de Hiram, un nombre israelita

para poder reconocerla, porque es una niña abandonada en Alemania (las indagaciones que yo he hecho prueban que es hija natural de un rico banquero judío). El teatro, y sobre todo las instrucciones que Jenny Cadine, la señora Schontz, Málaga y Carabina le han dado acerca de la manera de tratar a los viejos a esa pequeña que yo tenía en una vida honesta y poco costosa, han desarrollado en ella el instinto de los primeros hebreos para el oro y las alhajas; en una palabra, para el becerro de oro. La célebre cantante, convertida en áspera para mi educación, quiere ser rica, muy rica. Por eso no disipa nada de lo que por ella disipan. Se ha ensayado sobre el señor Hulot, a quien ha desplumado. ¡Oh! ¡Lo que se dice afeitado! Este desgraciado, después de haber luchado contra uno de los Keller y contra el marqués de Esgrignon, locos los dos por Josefa, sin contar los idólatras desconocidos, va a vérsela robar por ese duque tan poderosamente rico que protege a las artes. ¿Cómo lo llaman ustedes?... Un enano... ¡Ah! El duque de Herouville. Este gran señor tiene la pretensión de tener para él solo a Josefa. Todo el mundo cortesanesco habla de ello, y el barón no sabe nada; pues esto pasa en el decimotercer distrito lo mismo que en todos los demás; el amante es, como los maridos, el último que se entera. ¿Comprende usted ahora mis derechos? Su esposo, hermosa dama, me ha privado de mi felicidad, de la única alegría que he tenido después de mi viudedad. Sí, si no hubiese tenido la desgracia de tropezarme con ese viejo ridículo, poseería todavía a Josefa; porque yo, vea usted, nunca la hubiese metido en el teatro, hubiera permanecido retirada, prudente y mía. ¡Oh, si usted la hubiese visto hace ocho años: delgada y nerviosa, la tez morena de una andaluza, como dicen, los cabellos negros y lucientes como la seda, ojos con largas pestañas negras que lanzaban relámpagos, una distinción de duquesa en los gestos, la modestia de la pobreza, la gracia honesta, la gentileza de una corza salvaje! Por culpa del señor Hulot, todos esos encantos, esa pureza, todo, se ha convertido en un cepto para cazar lobos, en una hucha para las monedas de cinco francos. Como suele decirse, la pequeña es la reina de las impuras. En fin, hoy hasta murmura, ella que no sabía nada, ni siquiera el significado de esa palabra.

En aquel momento el antiguo perfumista se enjugó los ojos, por donde rodaban algunas lágrimas. La sinceridad de aquel dolor obró sobre la señora Hulot, que salió de la especie de meditación en que había caído.

-Pues bien, señora, ¿Puede uno a los cincuenta y dos años volver a encontrar un tesoro parecido? A esta edad el amor cuesta treinta mil francos anuales; he conocido la cifra por su marido, y yo quiero demasiado a Celestina para arruinarla. Cuando la vi a usted en la primera reunión que nos dio, no supe comprender cómo ese infame Hulot podía entretener a una Jenny Cadine... Tenía usted todo el aire de una emperatriz... Usted no tiene treinta años, señora -repuso-; me parece usted joven y es usted hermosa. Le doy mi palabra de honor de que aquel día me sentí profundamente conmovido y me dije: «Si no tuviese a mi Josefa, puesto que el papá Hulot abandona a su mujer, ésta me vendría al pelo.» ¡Ah! Perdóneme, es un término de mi antiguo ser. El perfumista reaparece en mí de cuando en cuando, y eso precisamente es lo que me impide aspirar a ser diputado. Así que en cuanto me vi tan vilmente engañado por el barón, pues entre dos viejos perillanes como nosotros las queridas de los amigos debieran ser sagradas, me juré a mí mismo quitarle su mujer. Era de justicia. El barón no tendría nada que decir, y podemos contar con la impunidad. Usted me puso de patitas en la calle como a un perro sarnoso a las primeras palabras que le he comunicado del estado de mi corazón; con eso ha redoblado usted mi amor, mi terquedad el usted quiere, y será usted mía.

-¿Cómo?

-No lo sé, pero será. Mire, señora, un imbécil perfumista, ¡retirado!, que no tiene más que una idea en la cabeza, es más fuerte que un hombre de talento, que las tiene a millares. Estoy chiflado por usted, y es usted ¡mi venganza! Le hablo con el corazón en la mano, como hombre decidido a todo. Lo mismo que usted me dice: «No será suya», hablo fríamente con usted. En fin, según el refrán, juego a cartas vistas. Sí, será usted mía, en un tiempo dado... ¡Oh! Aunque tenga usted cincuenta años, todavía será usted mi querida. Y esto sucederá, porque de su marido lo espero todo...

La señora Hulot lanzó sobre aquel burgués calculador una mirada tan fija de terror, que él creyó que se habla vuelto loca y se detuvo.

-Usted lo ha querido, me ha cubierto con su desprecio, me ha desafiado, ¡y he hablado! -dijo, experimentando la necesidad de justificar la falta de cortesía de sus últimas palabras.

-¡Oh, hija mía! ¡Hija mía! exclamó la baronesa con una voz de moribunda.

-¡Ah! ¡Ya no conozco a nadie! -repuso Crevel-. El día en que me quitaron a Josefa yo estaba como un tigre a quien le arrebatan sus cachorros... En fin, estaba como la veo a usted en este momento. Su hija es para mí el medio de conseguirla a usted. Sí, he hecho abortar el enlace de su hija... y no la casará usted sin mi ayuda. Por muy hermosa que sea Hortensia, la hace falta una dote...

-¡Ay de mí! Sí -dijo la baronesa, enjugándose los ojos.

-Pues bien, trate usted de pedir diez mil francos al barón -repuso Crevel, recobrando su posición favorita.

Y esperó durante un momento como un actor que señala una pausa.

-Si los tuviese se los daría a la que reemplazase a Josefa -dijo forzando a su medium-. En la senda en que está, ¿se mantiene alguien? ¡Le gustan demasiado las mujeres! (En todo hay un justo medio, como dijo nuestro rey.) ¡Y, además, en esto mézclase la vanidad! ¡Es un hombre guapo! ¡Los llevará a todos ustedes a la miseria por divertirse él! Por otra parte, ya está usted camino del hospital. Mire, desde que no he puesto los pies en esta casa, no ha podido usted renovar los muebles de su salón. La palabra apuro parece como si vomitase por todas las grietas de estas telas. ¿Cuál es el yerno que no saldría horrorizado de las demostraciones mal disimuladas de la más horrible de las miserias, la de las gentes comme il faut? He sido droguero, Y conozco todo eso. No hay nada como el golpe de vista de un comerciante de París para saber descubrir la riqueza real y la riqueza aparente... Están ustedes sin un céntimo -díjole en voz baja- Se ve en todo, hasta en el vestido de vuestro criado. ¿Quiere usted que le revele horribles misterios que están ocultos a sus ojos?...

-Caballero -dijo la señora Hulot, que lloraba a lágrima viva-, ¡basta, basta!

-Pues bien, mi yerno da dinero a su padre, y esto es lo que quería decirle al principio respecto a los gastos de su hijo. Pero yo velo por los intereses de mi hija... esté usted tranquila.

-¡Oh! ¡Casar a mi hija y morir!... -exclamó la desgraciada mujer, perdiendo la cabeza.

-Pues bien, aquí tiene el medio -dijo el antiguo perfumista.

La señora Hulot miró a Crevel con un aire esperanzado que cambió tan rápidamente su fisonomía, que este solo movimiento debiera haber enternecido a aquel hombre y hacerle abandonar su ridículo proyecto.

-Usted será hermosa diez años todavía -repuso Crevel, en posición-; sea bondadosa conmigo, y la señorita Hortensia se casará. Hulot me ha otorgado el derecho, como decía a usted, de hablar tan claramente, y no se enfadará. Desde hace tres años voy aumentando mis capitales, porque mis calaveradas se han restringido. Tengo trescientos mil francos de lucro, además de mi fortuna, que son suyos...

-Salga usted, caballero -dijo la señora Hulot-, salga, y no vuelva a ponerse ante mi vista. Sin la necesidad en que me ha colocado usted de saber el secreto de su cobarde conducta en el asunto del matrimonio proyectado para Hortensia... Sí, cobarde... -repuso a un gesto de Crevel-. ¿Por qué hacer pesar semejantes odios sobre una pobre joven, sobre una criatura hermosa e inocente?... Sin esa necesidad que hería mi corazón de madre no me hubiese usted vuelto a hablar, no hubiera vuelto a entrar en mi casa. Treinta y dos años de honradez y de lealtad de mujer no perecerán bajo los golpes del señor Crevel...

-Antiguo perfumista, sucesor de César Birotteau, A la reina de las rosas, calle de San Honorato -dijo irónicamente Crevel-, antiguo adjunto del alcalde, capitán de la Guardia Nacional, caballero de la Legión de Honor, enteramente lo mismo que mi predecesor.

-Caballero -repuso la baronesa-, el señor Hulot después de veinte años de constancia, ha podido cansarse de su mujer, pero esto no le importa a nadie más que a mí; pero ya ve usted, señor, que ha ocultado bien sus infidelidades, pues ignoraba le hubiese sucedido a usted en el corazón de la señorita Josefa...

-¡Oh! -exclamó Crevel-. ¡A precio de oro, señora!... Esa curruca, desde hace dos años, le cuesta más de cien mil francos. ¡Ah! ¡Ah! No está usted enterada de todo...

-Dé usted tregua a todo esto, señor Crevel. Por usted no he de renunciar a la dicha que experimenta una madre pudiendo abrazar a sus hijos sin sentir remordimientos en el corazón, viéndose respetada, querida por su familia, y entregaré sin mancha mi alma a Dios...

-¡Amén! -dijo Crevel con esa amargura diabólica que se esparce sobre el rostro de las personas pretenciosas cuando han naufragado otra vez en parecidas empresas-. Usted no conoce la miseria en su último periodo, la vergüenza..., el deshonor... He intentado instruirla, quisiera salvarlas, a usted y a su hija... Pues bien, usted deletreará la parábola

moderna del padre pródigo desde la primera letra hasta la última. Sus lágrimas y su altivez me conmueven, porque ver llorar a una mujer a la que se ama es horrible... -dijo Crevel, sentándose- Todo lo que puedo prometerle, querida Adelina, es no hacer nada contra usted ni contra su marido; pero no mande usted nunca a mi casa a pedir informes. ¡Eso es todo!

-¿Qué hacer, pues? -exclamó la señora Hulot.

Hasta entonces la baronesa había sostenido valerosamente las triples torturas que aquella explicación imponía a su corazón, pues sufría como mujer, como madre y como esposa. En efecto, cuanto más arrogante y agresivo se había mostrado el suegro de su hijo, tanto más fuerza había encontrado en la resistencia que oponía a la brutalidad del droguero; pero la bondad que éste manifestaba en medio de su exasperación de amante rechazado, de guapo guardia nacional humillado, aflojó sus fibras, prontas a romperse; se retorció las manos, se deshizo en lágrimas, y estaba en tal estado de estúpido abatimiento, que se dejó besar las manos por Crevel, puesto de rodillas ante ella.

-¡Dios mío! ¿Qué hacer? -repuso, enjugándose los ojos- ¿Puede ver una madre fríamente a su hija perecer? ¿Cuál será la suerte de una criatura tan hermosa, tan fuerte por su vida casta al lado de su madre como por su naturaleza privilegiada? Algunos días se pasea por el jardín, triste, sin saber por qué; la encuentro con los ojos llorosos...

-Tiene veintiún años -dijo Crevel.

-¿Es preciso meterla en un convento? -preguntó la baronesa-. Pues en semejantes crisis, la religión es a menudo impotente contra la naturaleza; las hijas más piadosamente educadas pierden la cabeza... Pero levántese usted, caballero. ¡No ve usted que ahora todo ha terminado entre nosotros, que me da usted horror, que ha derribado la última esperanza de una madre!...

-¿Y si la levantara?... -dijo.

La señora Hulot miró a Crevel con una expresión delirante que le conmovió; pero ocultó la piedad de su corazón, a causa de esta frase: ¡Me da usted horror! La virtud es siempre demasiado de una pieza, ignora los matices y los temperamentos con ayuda de los que se sale de una falsa posición.

-¡Oh! Aunque una muchacha sea tan hermosa como la señorita Hortensia, hoy no se casa sin dote -hizo observar Crevel, volviendo a tomar su aire molesto-. Su hija posee una de esas bellezas espantosas para los maridos; es como uno de esos caballos de lujo que exigen cuidados demasiado costosos, para tener muchos compradores. ¡Ir por la calle dando el brazo a una mujer semejante! Todo el mundo le mirará, le seguirá, deseará a su esposa. Este éxito inquieta a muchas gentes que no quieren tener que matar amantes; porque, después de todo, nunca se mata más que uno. Usted no puede, en la situación en que se encuentra, casar a su hija sino de tres maneras: ¡con mi ayuda, usted no quiere! También, encontrando un viejo de sesenta años, muy rico, sin hijos, que los desee tener...; esto, aunque es difícil, puede encontrarse; si hay tantos viejos que toman Josefás, Jenny Cadine, ¿por qué no se va a encontrar uno que hiciera la misma tontería legalmente?... Si yo no tuviese a mi Celestina

y nuestros dos nietos, me casaría con Hortensia. De las dos, la última manera es la más fácil...

La señora Hulot alzó la cabeza y miró al antiguo perfumista con ansiedad.

-París es una ciudad donde se dan cita todas las gentes de energía, que crecen como salvajes sobre el territorio francés, y en él pululan muchos talentos, sin casa ni hogar, valientes capaces de todo, hasta de hacer fortuna... Pues bien, esos mozos... (Su servidor lo fue en su tiempo, y ha conocido varios... ¿Qué tenía Tillet, qué tenía Popinot, hace veinte años? Chapoteaban los dos en la tienda de papá Birotteau, sin otro capital que el deseo de llegar a ser que, según yo, vale tanto como el más hermoso capital... ¡Los capitales se consumen, mientras que la moral siempre permanece!... ¿Qué tenía yo?... El deseo de medrar, decisión. Tillet es hoy igual a los más importantes personajes. El pequeño Popinot, el droguista más rico de la calle de los Lombardos, ha llegado a diputado y ya le tenemos ministro...) Pues bien, uno de esos condotieros, como suele decirse, de la comandita, de la pluma o de la brocha, es el único ser capaz, en París, de casarse con una muchacha sin un cuarto, pues todos ellos son gentes de valor. El señor Popinot se ha casado con la señorita Birotteau sin esperar un céntimo de dote. ¡Esas gentes son locas, creen en el amor lo mismo que creen en su fortuna y en sus facultades! Buscad un hombre de energía que se enamore de vuestra hija, y se casará con ella sin mirar al presente. No me negará usted que para ser un enemigo no carezco de generosidad, ya que este consejo va en contra mía.

-¡Ah, señor Crevel! Si quisiera usted ser mi amigo, abandonar esas ideas ridículas...

-¿Ridículas? Señora, no se haga usted tan poco favor, mírese usted... ¡Yo la amo y usted vendrá a mí! Quiero que llegue un día en que pueda decirle a Hulot: «¡Tú me quitaste a Josefa y yo a tu mujer!...» ¡Es la antigua ley del Talión! Y perseguiré la realización de mi proyecto, a menos que usted no llegue a ser excesivamente fea. Triunfaré, por lo siguiente -dijo, poniéndose en posición y mirando a la señora Hulot-: Usted no encontrará ni un viejo ni un joven que se enamoren -repuso tras una pausa-, porque quiere usted demasiado a su hija para entregarla a los manejos de un viejo libertino y, por otra parte, no se resignará usted, la baronesa Hulot, la hermana del viejo teniente general que mandaba los viejos granaderos de la antigua guardia, a tomar el hombre de energía allí donde esté, pues podría ser un simple obrero, como era simple mecánico hace diez años alguno que hoy es millonario, simple capataz, simple contraamaestre de una fábrica. Y entonces, viendo a su hija, empujada por sus veinte años, capaz de algo deshonesto, usted se dirá: «Vale que sea yo la que se deshoneste; y si el señor Crevel quiere guardarme el secreto, voy a ganar la dote de mi hija, doscientos mil francos por diez años de vínculo con ese antiguo vendedor de guantes... ¡el padre Crevel!...» Le aburre a usted, y lo que digo es profundamente inmoral, ¿verdad? Pero si se viese usted atacada por una pasión irresistible, se haría usted, para obedecer a ella, los mismos razonamientos que se hacen todas las mujeres que aman... Pues bien; el interés por Hortensia meterá dentro de su corazón estas capitulaciones de la conciencia...

-Le queda a Hortensia un tío...

-¿Quién? ¿El padre Fischer?... Tiene que arreglar sus negocios, y por culpa del barón, cuyo rastrillo pasa sobre todas las cajas que están a su alcance.

-El conde Hulot...

-¡Oh! Señora, su marido ha recurrido ya a las economías del viejo teniente general; con ellas ha amueblado la casa de su cantante... Vamos a ver... ¿Dejará usted que me vaya sin alguna esperanza?

-Adiós, caballero. Se cura fácilmente de una pasión por una mujer de mi edad, y confío que acabará por adoptar ideas cristianas. Dios protege a los desgraciados...

La baronesa se levantó para obligar al capitán a retirarse, acompañándole hasta el gran salón.

-¿Acaso debe vivir la hermosa baronesa Hulot entre semejantes guiñapos? -dijo.

Y señaló una lámpara vieja, una araña desdorada, los cordones de la alfombra; en suma, los andrajos de la opulencia, que convertían aquel gran salón blanco, rojo y oro en un cadáver de las fiestas imperiales.

-La virtud, caballero, brilla sobre todo esto. ¡No tengo deseo de poseer un magnífico mobiliario convirtiendo esa belleza que usted me otorga en cepos para cazar lobos, en huchas para las monedas de cinco francos!

El capitán se mordió los labios al reconocer las palabras con que acababa de calificar la avidez de Josefa.

-¿Y por quién esa perseverancia? -dijo.

En aquel momento la baronesa llegaba con el antiguo perfumista a la puerta.

-¡Por un libertino!... -añadió, haciendo una mueca de hombre virtuoso y millonario.

-Señor, si tuviese usted razón, entonces mi constancia tendría algún mérito. Eso es todo.

Dejó al capitán después de haberle saludado como se saluda para quitarse de encima un importuno, y volviose lo bastante lentamente para verle por última vez recobrar su posición. Fue a abrir las puertas que había cerrado y no pudo advertir el gesto amenazador con que Crevel le dijo adiós. La baronesa andaba altivamente, noblemente, como un mártir en el Coliseo. Sin embargo, había agotado sus fuerzas, pues dejose caer sobre un diván de su tocador azul, como una mujer que se pone enferma, y permaneció con los ojos clavados en el quiosco en ruinas, donde su hija charlaba con la prima Bela.

Desde los primeros días de su matrimonio hasta aquel momento la baronesa había amado a su marido, como Josefina acabó por amar a Napoleón, con un amor admirativo, con un amor maternal, con un amor cobarde. Si ignoraba los detalles que Crevel acababa de

darle, sabía, sin embargo, sobradamente que desde hacía veinte años el barón Hulot le era infiel; pero se había puesto sobre los ojos un velo de plomo, había llorado silenciosamente y jamás se le había escapado una palabra de reproche. En cambio de aquella angelical dulzura había obtenido la veneración de su marido y que la rodease de una especie de culto divino. El afecto que una mujer demuestra a su marido, el respeto de que ella le rodea son contagiosos dentro de la familia. Hortensia creía a su padre un modelo completo de amor conyugal. En cuanto al hijo, educado en la admiración del barón, en quien cada uno veía a uno de los gigantes que secundaron a Napoleón, sabía que su posición se la debía a su nombre, al puesto y a la consideración paternas; por otra parte, las impresiones de la infancia ejercen una larga influencia, y todavía le tenía miedo a su padre; así, si hubiese sospechado las irregularidades reveladas por Crevel, ya demasiado respetuoso para quejarse, las habría excusado por razones extraídas de la manera que los hombres tienen de ver este asunto.

Ahora es necesario explicar la abnegación extraordinaria de esta hermosa y noble mujer, y he aquí la historia de su vida en pocas palabras.

En un pueblo situado sobre las extremas fronteras de la Lorena, al pie de los Vosgos, tres hermanos llamados Fischer, simples labradores, marcharon, a consecuencia de las quintas republicanas, para ingresar en el ejército llamado del Rin.

En 1799, el segundo de los hermanos, Andrés, viudo, y padre de la señora Hulot, dejó a su hija a los cuidados de su hermano mayor, Pedro Fischer, al que una herida recibida en 1797 le había dejado incapaz de servir, e hizo algunas empresas parciales en los transportes militares, servicio que se le concedió por la protección del ordenador Hulot de Ervy. Por un azar bastante natural, Hulot, que fue a Estrasburgo, vio a la familia Fischer. El padre de Adelina y su joven hermano eran entonces proveedores de los forrajes de Alsacia.

Adelina, de dieciséis años de edad, podía ser comparada a la famosa señora Du Barry. Hija como ella de la Lorena, era una de esas beldades completas, fulminantes; una de esas mujeres semejantes a la señora Tallien, que la Naturaleza fabrica con un esmero particular; les otorga sus dones más preciados, la distinción, la nobleza, la gracia, la finura, la elegancia, una carne aparte, una tez molada en ese taller desconocido donde trabaja la Casualidad. Esas bellas mujeres se parecen todas entre sí: Blanca Capello, cuyo retrato es una de las obras maestras de Broncino; la Venus de Juan Goujon, cuyo original es la famosa Diana de Poitiers; la señora Olimpia, cuyo retrato está en la galería Doria; en fin, Ninón, la señora Du Barry, la señora Tallien, la señorita Georges, la señora Recamier, todas esas mujeres que se han conservado bellas a despecho de los años, de sus pasiones o de su vida de excesivos placeres, tienen en el talle, en la contextura, en el carácter de la belleza semejanzas sorprendentes, capaces de hacernos creer que existe en el océano de las generaciones una corriente afrodisia de la que salen todas las Venus, hijas de la misma onda salada.

Adelina Fischer, una de las más hermosas de esa divina tribu, poseía los caracteres sublimes, las líneas serpentina, el tejido venenoso de esas mujeres que nacieron reinas. La rubia cabellera que nuestra madre Eva recibió de manos de Dios, una estatura de emperatriz, un aire de grandeza, contornos augustos en el perfil, una modestia pueblerina,

detenían a su paso a todos los hombres, encantados ante ella como los aficionados ante un lienzo de Rafael; así, al verla, el ordenador hizo de la señorita Adelina Fischer su mujer, dentro del tiempo legal, con gran asombro de los Fischer, crecidos todos en la admiración por sus superiores.

El mayor, soldado de 1792, herido gravemente en el ataque de las líneas de Wissemburgo, adoraba al emperador Napoleón y a todo lo que se relacionaba con el Gran Ejército. Andrés y Juan hablaban con respeto del ordenador Hulot, aquel protegido del emperador, a quien, por otra parte, debían su suerte, porque Hulot de Ervy, viéndoles inteligentes y probos, les había sacado de los convoyes del ejército para ponerlos al frente de una administración de urgencia. Los hermanos Fischer habían prestado grandes servicios durante la campaña de 1804. Hulot, al llegar la paz había procurado aquella provisión de forrajes en Alsacia, sin saber que más tarde sería enviado a Estrasburgo para allí preparar la campaña de 1806.

Para la joven campesina fue este matrimonio como una ascensión. La hermosa Adelina pasó, sin transición, del barro de su pueblo al paraíso de la corte imperial. En efecto en aquel tiempo, el ordenador, uno de los trabajadores más probos y más activos de su Cuerpo, fue nombrado barón, llamado por el emperador y agregado a la Guardia imperial. Aquella hermosa aldeana tuvo el valor de educarse por amor a su marido, de quien estaba realmente loca. Por otra parte, el ordenador en jefe era, como hombre, una réplica a lo que Adelina era como mujer. Perteneía al Cuerpo escogido de buenos mozos. Alto, bien formado, rubio, de ojos azules y de un fuego, un movimiento y un matiz irresistibles, de elegante talle, se hacía notar entre los de Orsay, los Forbin, los Ouvrad, en fin, en el batallón de los guapos mozos del Imperio. Conquistador e imbuido por las ideas del Directorio en cuestión de mujeres, su carrera galante viose entonces interrumpida durante bastante tiempo por su fidelidad conyugal.

Fue, pues, desde el principio, el barón para Adelina una especie de dios que no podía cometer una falta; ella se lo debía todo: la fortuna, tuvo coche, palacio y todo el lujo de su época; la felicidad, era públicamente amada; un título, era baronesa; la celebridad, la llamaron en París la hermosa señora Hulot; en fin, tuvo el honor de rehusar los homenajes del emperador, que le regaló un collar de diamantes y que la distinguió siempre, pues de tiempo en tiempo preguntaba: «Y la hermosa señora Hulot, ¿sigue siendo honesta?» Era hombre capaz de vengarse de aquel que hubiera triunfado allí donde él había fracasado.

No se necesita, pues, mucha inteligencia para reconocer en un alma sencilla, ingenua y bella como la de la hermosa señora Hulot las razones del fanatismo que ponía en su amor. Después de haberse aferrado a la idea de que su marido no podría tener nunca culpa con ella, en su fuero interno convirtiose en la servidora humilde, adicta y ciega de su creador. Notad, por otra parte, que estaba dotada de un gran sentido, de ese buen sentido del pueblo, que hubo de contribuir a que su educación fuese sólida. En sociedad, hablaba poco, nunca mal de nadie; no buscaba brillar; reflexionaba acerca de todo, escuchaba y buscaba como modelo a las mujeres más honestas, a las de mejor cuna.

En 1815 Hulot siguió la línea de conducta del príncipe de Wissemburgo, uno de sus amigos íntimos, y fue uno de los organizadores de aquel ejército improvisado, cuya derrota

terminó el ciclo napoleónico en Waterloo. En 1816 el barón se convirtió en uno de los enemigos del ministerio Feltre, y no se vio reintegrado al Cuerpo de intendencia hasta 1823, pues necesitaban de él para la guerra de España. En 1830 reapareció en la Administración como en la cuarta categoría después de ministro, cuando aquella especie de conspiración hecha por Luis Felipe en los antiguos bandos napoleónicos. Después del advenimiento al trono de la rama del hijo segundo, de la que fue activo cooperador, quedó de director indispensable en el Ministerio de la Guerra. Además había obtenido el bastón de mariscal, y el rey ya no podía hacer nada más por él, a menos de nombrarle ministro o par de Francia.

Desocupado desde 1818 a 1823, el barón Hulot había entrado en el servicio activo cerca de las mujeres. La señora Hulot hacía remontar las primeras infidelidades de su Héctor al gran final del Imperio. La baronesa había representado, pues, durante doce años, en su hogar, el papel de prima donna absoluta, sin partición. Gozaba siempre de aquella antigua afección inveterada que los maridos sienten por sus mujeres cuando éstas se resignan al papel de suaves y virtuosas compañeras; sabía que ninguna rival resistiría durante dos horas a un reproche hecho a su marido; pero cerraba los ojos y se tapaba los oídos, queriendo ignorar la conducta de su marido fuera de casa. En suma, trataba a su Héctor como una madre trata a un niño mimado. Tres años antes de la conversación que acababa de tener lugar, Hortensia reconoció a su padre en el teatro de las Variedades, en un palco proscenio del primer piso, en compañía de Jenny Cadine, y exclamó:

-¡Allí está papá!

-Te engañas, ángel mío; está en casa del mariscal -respondió la baronesa.

La baronesa había visto perfectamente a Jenny Cadine; pero en vez de sentir una opresión en el corazón viéndola tan linda, se dijo a sí misma: «¡Qué feliz debe de ser ese pillo de Héctor!» Sin embargo, sufría, entregábase secretamente a espantosas rabias; mas volviendo a ver a su Héctor, recordaba siempre sus doce años de felicidad pura y perdía la fuerza para articular una sola queja. Hubiera deseado que el barón la tomase como confidente; pero jamás se había atrevido a darle a entender que conocía sus calaveradas, por respeto a él mismo. Tales excesos de delicadeza sólo se encuentran entre las hermosas hijas del pueblo, que saben recibir golpes sin devolverlos; tiene en las venas restos de la sangre de los primeros mártires. Las muchachas de noble cuna, como son iguales a sus maridos, experimentan la necesidad de atormentarles y de marcar, como se marcan los tantos en el billar, sus tolerancias con palabras mordaces, con un espíritu de venganza diabólica, ya para asegurarse ora una superioridad, ora un derecho a la revancha.

La baronesa tenía un admirador apasionado en su cuñado, el teniente general Hulot, el venerable comandante de los granaderos infantes de la Guardia Imperial, a quien debían darle el bastón de mariscal durante los últimos días de su vida. Este viejo, después de haber mandado, desde 1830 a 1834, la división militar donde se encontraban los departamentos bretones, teatro de sus hazañas en 1799 y 1880, había venido a establecerse en París, cerca de su hermano, al cual significaba siempre un cariño de padre. El corazón del viejo soldado simpatizaba con el de su cuñada; la admiraba como a la más noble y más santa criatura de su sexo. No se había casado, porque había querido tropezar con una segunda Adelina,

inútilmente buscada a través de veinte países y de veinte campañas. Para no decaer en aquella alma de viejo republicano sin reproche y sin tacha, de quien decía Napoleón: «Ese valiente Hulot es el más testarudo de los republicanos, pero no me traicionará nunca», Adelina hubiera soportado sufrimientos todavía más crueles que aquellos que le acababan de acometer. Pero aquel viejo, de setenta y dos años de edad, destrozado por treinta campañas, herido en Waterloo por vigésima séptima vez, era para Adelina una admiración, pero no una protección. El pobre conde, entre otras enfermedades no oía más que con ayuda de una trompetilla.

Mientras el barón de Hulot de Ervy fue un guapo mozo, los amores pasajeros no tuvieron influencia alguna sobre su fortuna; pero a los cincuenta años fue preciso contar con las Gracias. A esa edad el amor, en los hombres viejos, se transforma en vicio; se mezclan con él vanidades insensatas. También hacia ese tiempo vio Adelina que su marido se había vuelto de una exigencia increíble para el adorno de su persona, tiñéndose los cabellos y las patillas, usando cinturones y corsés. Quería seguir siendo guapo a toda costa. Ese culto por su persona, defecto que tan criticado había sido antaño por el barón, llegó en él hasta la minucia. Por fin descubrió Adelina que el Pactolo que desaguaba en casa de las queridas tenía su fuente de origen en su propia casa. Desde hacía ocho años, una considerable fortuna se había disipado, y tan radicalmente, que dos años antes, con ocasión del matrimonio del joven Hulot, el barón se había visto obligado a confesar a su mujer que sus títulos constituían toda su fortuna.

-¿Dónde nos llevará esto? -fue la observación de Adelina.

-Estate tranquila -respondió el consejero de Estado-; te dejo los emolumentos de mi cargo, y yo me ocuparé del matrimonio de Hortensia y de nuestro porvenir haciendo negocios.

La fe profunda de aquella mujer en el alto valor, en las capacidades y en el carácter de su marido había tranquilizado aquella inquietud momentánea.

Ahora la naturaleza de las reflexiones de la baronesa y sus lágrimas, después de la marcha de Crevel, debían imaginarse perfectamente. La pobre mujer sabía que desde dos años antes se encontraba en el fondo de un abismo pero se creía allí sola. Ignoraba cómo se había hecho el matrimonio de su hijo, ignoraba las relaciones de Héctor con la ambiciosa Josefa; además, creía que nadie en el mundo conocía sus dolores. Luego, si Crevel hablaba tan ligeramente de las disipaciones del barón, Héctor iba a perder su consideración. Entreveía en los groseros discursos del antiguo perfumista irritado el compadrazgo odioso al que se debía el matrimonio del joven abogado. ¡Dos pérdidas habían sido las sacerdotisas de aquel himeneo, propuesto en alguna orgía, en medio de familiaridades degradantes de dos viejos borrachos!

-¡Se olvida de Hortensia! -se dijo-. Sin embargo, la ve todos los días. ¿Le buscará algún marido entre esos pillos?

La madre, más fuerte que la mujer, hablaba en aquel momento completamente sola, pues veía a Hortensia riendo con su prima Bela, con aquella risa loca de la juventud descuidada,

y sabía que aquellas risas nerviosas eran indicios tan terribles como los ensueños llorosos de un paseo solitario por el jardín.

Hortensia se parecía a su madre, pero tenía cabellos de oro, naturalmente ondulados y tan abundantes que asombraban. Sus carnes brillaban como si fuesen de nácar. Veíase claramente en ella el fruto de un matrimonio honesto, de un amor noble y puro en toda su fuerza. Eran un movimiento apasionado en la fisonomía, una alegría en las facciones, un regocijo natural de juventud, una frescura de vida, una riqueza de salud que vibraban fuera de ella y producían rayos eléctricos. Hortensia atraía las miradas. Cuando sus ojos, de un azul marino, nadando en ese fluido que en ellos vierte la inocencia, se detenían sobre un transeúnte, éste se estremecía involuntariamente. Por otra parte, su tez no se veía manchada por ninguna de esas rubicundeces con que las rubias doradas suelen pagar su láctea blancura, no teniendo su cutis alteración alguna. Alta, entrada en carnes sin ser gruesa, de un talle esbelto, cuya nobleza igualaba la de su madre, merecía ese título de diosa tan prodigado por los autores antiguos. Así es que cuantos veían a Hortensia en la calle no podían contener la exclamación: «¡Dios mío, qué muchacha tan hermosa!» Era tan inocente, que al volver a casa acostumbraba a decir:

-Pero ¿qué les pasa a todos, mamá, para exclamar: «¡Qué muchacha tan hermosa!», cuando vas tú conmigo? ¿No eres tú más hermosa que yo?...

Y, en efecto, a los cuarenta y siete años cumplidos la baronesa podía ser preferida a su hija por los aficionados a las puestas de sol; pues, como dicen las mujeres, no había perdido nada de sus ventajas, por uno de esos fenómenos raros, sobre todo en París, donde, en ese género, Ninón escandalizó; tanto pareció robar su parte a las feas en el siglo XVII.

Pensando en su hija, la baronesa volvió al padre, viole cayendo de día en día: por grados, hasta hundirse en el lodo social, y quizá un día despedido del ministerio. La idea de la caída de su ídolo, acompañada de una visión indistinta de las desgracias que Crevel había profetizado, fue tan cruel para la pobre mujer, que perdió el conocimiento a la manera de los extáticos.

La prima Bela, con la que hablaba Hortensia, miraba de tiempo en tiempo para saber cuándo podrían volver al salón; pero su joven prima la distraía tan bien con sus preguntas en el momento en que la baronesa volvió a abrir la puerta vidriera, que ni siquiera se enteró.

Isabela Fischer, cinco años más joven que la señora Hulot y, sin embargo, hija del mayor de los Fischer, estaba lejos de ser bella como su prima; también había estado prodigiosamente celosa de Adelina. La envidia formaba la base de aquel carácter lleno de excentricidades, palabra empleada por los ingleses para designar las locuras, no de las cosas pequeñas, sino de las grandes. Aldeana de los Vosgos, en toda la extensión de la palabra; delgada, morena, de cabellos negros y relucientes, cejas espesas y juntas como un ramillete, los brazos largos y fuertes, pies gruesos, algunas verrugas en su rostro largo y simiesco; tal es el retrato conciso de aquella virgen.

La familia, que vivía en común, había sacrificado a la muchacha vulgar por la muchacha bonita, el fruto áspero por la flor deslumbrante. Sabela trabajaba la tierra, cuando su prima

era mimada; así le ocurrió un día que, encontrando sola a Adelina, quiso arrancarle la nariz, una verdadera nariz griega que hasta las viejas admiraban. Aunque fue castigada por aquella maldad, no por eso dejó de seguir rompiendo las ropas y estropeando los collares de la privilegiada.

Cuando el matrimonio fantástico de su prima, Sabela hubo de someterse ante aquel destino, como los hermanos y hermanas de Napoleón se sometieron ante el brillo del trono y el poder del mando. Adelina, excesivamente buena y cariñosa, acordose en París de Sabela, y la mandó llamar, en 1809, con intención de sacarla de la miseria casándola. En la imposibilidad de casar tan pronto como Adelina hubiese querido a aquella muchacha de ojos negros, de espesas cejas, que no sabía ni leer ni escribir, el barón comenzó por darle una profesión; puso a Sabela como aprendiz en casa de los bordadores de la corte imperial, los famosos hermanos Pons.

La prima, llamada Bela en abreviatura, convertida en obrera bordadora de plata y oro, enérgica como buena montañesa, tuvo la fuerza de voluntad de aprender a leer, a contar y a escribir, ya que su primo, el barón, habíale demostrado la necesidad de poseer esos conocimientos para montar un taller de bordados. Quería hacerse rica, y en dos años se metamorfoseó. En 1811, la campesina fue primera dependienta bastante gentil, bastante diestra y bastante inteligente.

Esta industria, llamada pasamanería de plata y oro, comprendía las charreteras, las agujetas, los cordones; en suma, toda esa inmensa cantidad de cosas brillantes que relucían sobre los ricos uniformes del ejército francés y sobre los uniformes civiles. El emperador, como italiano muy amigo de los vestidos, había bordado de oro y de plata todas las costuras de sus servidores, y su Imperio abarcaba ciento treinta y tres departamentos. Estas provisiones, hechas ordinariamente por los sastres, gentes ricas y sólidas, o directamente por los grandes dignatarios, constituían un comercio seguro.

En el momento en que la prima Bela, la obrera más hábil de la casa Pons, donde dirigía la fabricación, hubiera podido establecerse, estalló la derrota del Imperio. La rama de olivo de la paz que tenían en la mano los Borbones asustó a Sabela, tuvo miedo de que hubiese una baja en aquel comercio, que no iba a tener ya más que ochenta y seis departamentos que explotar en lugar de ciento treinta y tres, sin contar la enorme reducción del ejército. Espantada, finalmente, por los diversos azares de la industria, rechazó los ofrecimientos del barón, que la creyó loca. Ella justificó aquella opinión riñendo con el señor Rivet, adquiridor de la casa Pons, con quien el barón quería asociarla, volviendo a ser sencilla obrera.

La familia Fischer había caído de nuevo en la precaria situación de donde el barón Hulot la había sacado.

Arruinados por la catástrofe de Fontainebleau, los tres hermanos Fischer sirvieron a la desesperada en los Cuerpos francos de 1815. Al mayor, padre de Sabela, lo mataron. El padre de Adelina, condenado a muerte por un Consejo de guerra, huyó a Alemania y murió en Treves en 1820. El pequeño, Juan, vino a París a implorar a la reina de la familia que, según decían, nadaba en oro y no aparecía nunca en las reuniones más que con diamantes

en la cabeza y en el cuello, gruesos como avellanas, regalados por el emperador. Juan Fischer, que entonces tenía cuarenta y tres años, recibió del barón Hulot una suma de diez mil francos para emprender una pequeña empresa de forrajes en Versalles, obtenida en el Ministerio de la Guerra por la influencia secreta de los amigos que el antiguo intendente general allí conservaba.

Estas desgracias de familia, el disfavor del barón Hulot, la certeza de ser poca cosa en aquel inmenso movimiento de hombres, de intereses y de negocios, que hacía de París un infierno y un paraíso, domaron a Bela, la cual perdió entonces toda idea de lucha y de compararse con su prima, después de haber sentido las diversas superioridades de ésta; pero la envidia permaneció oculta en el fondo del corazón, como un germen de peste que puede estallar y destruir una villa si se abre el fatal ovillo de lana donde está comprimido. De tiempo en tiempo solía decirse:

-Adelina y yo somos de la misma sangre; nuestros padres eran hermanos; ella vive en un palacio y yo en una guardilla.

Pero todos los años, el día de su santo y el primero de año, Sabela recibía regalos de la baronesa y del barón; el barón, excelente para con ella, le pagaba la leña para el invierno; el viejo general Hulot la recibía un día en su casa a comer, y tenía siempre puesto el cubierto en casa de su prima. Se burlaban mucho de ella, pero no llegaban a avergonzarse. Finalmente habíanle procurado su independencia en París, donde vivía a su gusto.

En efecto, esta joven tenía miedo a toda clase de yugo. Su prima la ofrecía tenerla en su casa... Bela descubría el roncal de la domesticidad; muchas veces, el barón había resuelto el problema de casarla; pero seducida en el primer instante, pronto rehusaba temiendo que la reprochasen su falta de educación, su ignorancia y su falta de fortuna; en fin, si la baronesa le hablaba de vivir con su tío y de cuidar de la casa en lugar de ama de llaves, que tenía que costar cara, respondía que de ese modo todavía se casaría menos.

La prima Bela presentaba en sus ideas esa singularidad que se observa en las naturalezas que se han desarrollado muy tarde, entre los salvajes, que piensan mucho y hablan poco. Su inteligencia aldeana había por otra parte adquirido, en las charlas del taller y con el roce con los obreros y obreras, una dosis de mordacidad parisiense. Esta joven, cuyo carácter se parecía prodigiosamente al de los corsos, trabajaba inútilmente por los instintos de las naturalezas fuertes, hubiera deseado proteger a un hombre débil; pero a fuerza de vivir en la capital, la capital la había cambiado exteriormente. El barniz parisiense no cuajaba en aquella alma vigorosamente templada. Dotada de una astucia que se había vuelto profunda, como todas las personas condenadas a un celibato real, con el giro picante que imprimía a sus ideas hubiese parecido temible en cualquier otra situación. Mala, hubiese hecho reñir a la familia más unida.

Durante los primeros tiempos, cuando tuvo algunas esperanzas en cuyo secreto no penetró nadie, decidióse a llevar corsés, a seguir las modas, y logró entonces un momento de esplendor durante el cual el barón la juzgó casadera... Sabela fue entonces la morena picante de la antigua novela francesa. Su mirada penetrante, su tez verdosa y su talle de caña podían tentar a un mayor retirado; pero ella se contentaba, según decía riendo, con su

propia admiración. Por otra parte, acabó por encontrar su vida feliz, después de ver cubiertas sus necesidades materiales, pues comía todos los días fuera de casa, después de haber trabajado desde el amanecer. No tenía, pues, que procurarse más que el almuerzo y el alquiler de la casa, ya que la vestían y la daban muchas de esas provisiones aceptables, como el azúcar, el café, el vino, etc.

En 1837, después de veintisiete años de vida pagada a medias por la familia Hulot y por su tío Fischer, la prima Bela, resignada a no ser nada, dejábase tratar sin cumplidos; hasta rehusaba asistir a las grandes comidas, prefiriendo la intimidad que le permitía tener su valor, y evitábase los sufrimientos del amor propio. Por todas partes, en casa del general Hulot, en la de Crevel, en la del joven Hulot, en la de Rivet, el sucesor de los Pons, con quien se había reconciliado y la agasajaba, en casa de la baronesa, parecía ser de la casa. En fin, en todas partes sabía mimar a los criados dándoles de tiempo en tiempo algunas pequeñas propinas y hablando siempre con ellos durante algunos instantes antes de entrar en el salón. Aquella familiaridad, por medio de la que se colocaba francamente al nivel de los criados, procurábase su subalterna benevolencia, muy esencial para los parásitos. «¡Es una buena muchacha!», era lo que todo el mundo decía refiriéndose a ella. Su complacencia, sin límites cuando no se la exigía era, por otra parte, así como su falsa bondad, una necesidad de su situación. Había acabado por comprender la vida al verse a merced de todo el mundo y, queriendo agradar a todos, reía con los jóvenes a quienes era simpática por una especie de embeleco que siempre les seduce, adivinaba y secundaba sus deseos, se hacía su intérprete y les parecía una buena confidente, puesto que carecía del derecho para reñirles. Su absoluta discreción le valía la confianza de las personas de edad madura, pues, como Ninón, poseía cualidades de hombres. En general, las confidencias van más bien de arriba abajo que de abajo arriba. Se emplea mucho más a los inferiores que a los superiores en los asuntos secretos; se convierten en cómplices de nuestros pensamientos reservados, asisten a las deliberaciones; por eso Richelieu se consideró como llegado al Poder cuando alcanzó el derecho de asistir al Consejo. Creíase a aquella pobre muchacha en tal dependencia con todo el mundo que parecía condenada al mutismo absoluto. La prima se llamaba a sí misma el confesonario de la familia. Sólo la baronesa conservaba una especie de desconfianza, recordando los malos tratos que durante su infancia había recibido de su prima, más fuerte que ella, aunque de menos edad. Además, por pudor, sólo a Dios hubiese confiado sus pesares domésticos.

Quizá aquí sea necesario hacer observar que la casa de la baronesa conservaba todo su esplendor a los ojos de la prima Bela, la cual no había notado, como el advenedizo mercader perfumista, la angustia escrita sobre las butacas rozadas, sobre los cortinajes ennegrecidos y sobre la seda acuchillada. Ocurre con el mobiliario con quien se vive como con nosotros mismos. Mirándose uno todos los días, acaba, como le sucedía al barón, por creerse joven, apenas cambiado, cuando los demás ven sobre nuestras cabezas una cabellera que se vuelve parda, acentos circunflejos en nuestra frente y gran hinchazón en nuestro abdomen. Aquella habitación, iluminada siempre para la prima Bela por las bengalas de las victorias imperiales, seguía, pues, resplandeciendo siempre.

Con el tiempo la prima Bela había adquirido manías de solterona bastante singulares. Así, por ejemplo, en lugar de obedecer a la moda, quería que la moda se ajustase a sus costumbres y se plegase a sus fantasías, siempre atrasadas. Si la baronesa le daba un lindo

sombrero nuevo, algún traje a la moda del día, en seguida la prima Bela lo modificaba en su casa, cada cosa a su manera, y lo estropeaba haciéndose un traje que participaba de las modas imperiales y de sus antiguos vestidos loreneses. El sombrero de treinta francos se convertía en un pingo y el traje en un andrajo. La prima Bela, en este punto, era de una testarudez de mula; quería agradarse a ella sola, y así se creía encantadora; cuando en realidad sus gustos, armoniosos en cuanto la convertían en solterona de pies a la cabeza, la hacían tan ridícula que, aun con el mejor deseo, nadie podía admitirla en su casa los días de gala.

Su espíritu rígido, caprichoso, independiente; la inexplicable fiereza de aquella muchacha, a quien el barón por cuatro veces había encontrado marido -un empleado de su administración, un mayor, un asentista de víveres y un capitán retirado-, y que había rechazado a un cordonero, que después se había hecho rico, le valía el nombre de Cabra, que el barón le daba riendo. Pero este apodo no respondía más que a las extravagancias de la superficie, a esas variaciones que nos notamos todos, unos a otros, en sociedad. Aquella muchacha que, bien observada, hubiese mostrado el lado feroz de la clase aldeana, era siempre la niña que quería arrancar la nariz a su prima, y que quizá, si ella no se hubiera hecho razonable, la hubiera matado en un paroxismo de envidia. Lo único que la movía a domar aquella impetuosidad natural con que las gentes del campo pasan, lo mismo que los salvajes del sentimiento a la acción, era el conocimiento de las leyes y del mundo. Quizá consiste en esto toda la diferencia que separa al hombre natural del hombre civilizado. El salvaje no tiene más que sentimientos; el hombre civilizado tiene sentimientos e ideas. Así, en los salvajes el cerebro recibe, por decirlo así, pocas impresiones, perteneciendo entonces por entero al sentimiento que le invade, mientras que en el hombre civilizado las ideas influyen sobre el corazón transformándolo, introduciendo en él mil intereses y mil sentimientos, mientras que el salvaje sólo admite una idea a la vez. Ésta es la causa de la superioridad momentánea del niño sobre los padres, y que cesa con el deseo satisfecho, mientras que en el hombre salvaje esa causa es continua. La prima Bela, la salvaje lorenesa, un tanto traidora, pertenecía a esa categoría de caracteres, más comunes en el pueblo de lo que parece y que pueden explicar su conducta en las revoluciones.

En el momento en que comienza esta escena, si la prima Bela hubiera dejado vestirse a la moda, si se hubiese habituado, como las parisienses, a llevar todas las modas nuevas, hubiese sido presentable y aceptable; pero conservaba la rigidez de un bastón. Ahora bien; en París, la mujer sin gracias es como si no existiese. Así que la negra cabellera, los hermosos ojos duros, la rigidez de las líneas del rostro, la sequedad calabresa de la tez, que convertían a la prima Bela en una figura del Giotto y que hubieran sido medios de sacar partido para una parisiense, sobre todo su modo raro de vestir, dábanle una apariencia tan extraña, que a veces se asemejaba a esos monos vestidos de mujer que suelen llevar los saboyanos. Como era muy conocida en las casas unidas por lazos de familia a aquella donde vivía, y como restringía sus relaciones sociales a ese círculo, gustando de su casa, sus singularidades no asombraban a nadie y desaparecían en medio del inmenso movimiento parisiense de la calle, donde no se mira más que a las mujeres bonitas.

Las risas de Hortensia eran producidas en aquel momento por un triunfo obtenido sobre la obstinación de la prima Bela, la cual acababa de hacer una confesión que aquélla le pedía desde hacía tres años. Por disimulada que sea una solterona, hay un sentimiento que la hará

romper siempre su silencio, y es la vanidad. Desde hacía tres años, Hortensia, convertida en excesivamente curiosa en cierta materia, asediaba a su prima con preguntas que, por lo demás, denotaban una inocencia perfecta; quería saber por qué su prima no se había casado. Hortensia, que conocía la historia de los cinco pretendientes rechazados, había compuesto su pequeña novela, creía que la prima Bela estaba dominada por alguna pasión, y de eso resultaba una serie continuada de bromas. Hortensia decía, hablando de ella y de su prima: «Nosotras, las solteronas», y en varias ocasiones la prima Bela le había respondido con un tono agradable: «¿Quién te dice a ti que no tengo novio?» El novio de la prima Bela, falso o verdadero, se convirtió entonces en objeto de continuas burlas. Por fin, después de dos años de esa menuda guerra, la última vez que la prima Bela había ido a casa de Hortensia, la primera palabra de ésta había sido:

-¿Cómo está tu novio?

-Bien -había respondido-; sufre un poco ese pobre muchacho.

-¡Ah! ¿Es delicado? -había preguntado la baronesa, riendo.

-Ya lo creo, es rubio... Una negrita como yo no puede querer más que a un rubito que tenga el color de la Luna.

-Pero ¿qué es? ¿Qué hace? -dijo Hortensia-. ¿Es un príncipe?

-Príncipe de la herramienta, como yo soy la reina de la canilla. ¿Puede acaso una pobre muchacha como yo ser amada por algún propietario que tenga rentas, por algún duque y par, o por algún príncipe encantador de tus cuentos de hadas?

-¡Oh! ¡Cuánto me gustaría verle! -exclamó Hortensia, sonriendo.

-¿Para saber cómo es el hombre capaz de amar a una vieja cabra como yo? -respondió la prima Bela.

-Debe de ser un monstruo, algún viejo empleado con barbas de chivo -dijo Hortensia, mirando a su madre.

-Pues bien; en eso te engañas, señorita.

-Pero ¿de veras tienes un novio? -Preguntó Hortensia con aire de triunfo.

-¡Tan cierto como tú no lo tienes! -había respondido la prima con acento de molesta.

-Pues bien, Bela, si tienes un novio, ¿por qué no te casas?... -había dicho la baronesa, haciendo una seña a su hija- Hace ya tres años que se habla de él, has tenido tiempo de estudiarle y, si te ha sido fiel, no debieras prolongar una situación fatigosa para él. Por otra parte, es una cuestión de conciencia; además, si es joven, ya es tiempo de que busques un báculo para tu vejez.

La prima Bela había mirado fijamente a la baronesa y, viendo que se reía, le había contestado:

-Sería casar al hambre con las ganas de comer; es obrero y yo soy obrera; si tuviésemos hijos serían obreros... No, no; nos queremos platónicamente... ¡Es más barato!

-¿Por qué lo ocultas? -había preguntado Hortensia.

-Viste blusa -había replicado la solterona, riéndose.

-¿Le quieres? -había preguntado la baronesa.

-¡Ah, ya lo creo! Le quiero por sí mismo a ese querubín. Cuatro años hace que lo llevo en mi corazón.

-Pues bien; si le quieres por él mismo -había dicho gravemente la baronesa-, si existe, serías muy criminal para con él. No sabes lo que es querer.

-Todas nosotras sabemos ese oficio desde que nacemos -dijo la prima.

-No: hay mujeres que quieren y hay mujeres que son egoístas. Éste es tu caso...

La prima había bajado la cabeza, y su mirada hubiera hecho temblar a aquel que la hubiera recibido, pero había mirado su canilla.

-Presentándonos a tu pretendiente, Héctor pudiera colocarle y ponerle en situación de hacer fortuna.

-No es posible -había dicho la prima Bela.

-¿Por qué?

-Es un polaco, un refugiado...

-¿Un conspirador? -exclamó Hortensia-. ¡Qué feliz eres! ¿Ha tenido aventuras?

-Se ha batido por Polonia. Era profesor en el gimnasio, cuyos alumnos comenzaron la revolución y, como estaba colocado allí por el gran duque Constantino, no puede esperar perdón.

-¿Profesor de qué?

-¡De Bellas Artes!

-¿Ha llegado a París después de la derrota?

-En 1833, después de recorrer Alemania a pie...

-¡Pobre muchacho! ¿Y tiene...?

-Cuando la insurrección apenas tenía veinticuatro años; hoy tiene veintinueve...

-Quince años menos que tú -le había dicho entonces la baronesa.

-¿De qué vive?... -había preguntado Hortensia.

-De su talento...

-¡Ah! ¿Da lecciones?...

-¡No -había dicho la prima Bela-, las recibe, y duras!

-¿Y es bonito su nombre?

-Wenceslao.

-¡Qué imaginación tienen las solteras! -había exclamado la baronesa-. Cualquiera te creería, oyéndote hablar, Sabela.

-¿No ves, mamá, que es un polaco tan acostumbrado al knout, que Bela le recuerda esta pequeña dulzura de su patria?

Las tres se habían echado a reír, y Hortensia había cantado: ¡Wenceslao! ¡Ídolo de mi vida!, en lugar de: ¡Oh, Matilde...! Y había habido allí como una especie de armisticio durante algunos instantes.

-Estas muchachitas -había dicho la prima Bela, mirando a Hortensia cuando había vuelto junto a ella- se creen que sólo ellas pueden ser amadas.

-Mira -le había respondido Hortensia, encontrándose sola con su prima-, pruébame que Wenceslao no es un cuento, y te regalo mi chal amarillo de casimir.

-¡Pero si es conde!

-¡Todos los polacos son condes!

-No es polaco... Es de Li... tu..., Litu...

-¿Lituania?

-No...

-¿Livonia?

-Eso es.

-Pero ¿cómo se llama?

-Veamos; quiero saber si eres capaz de guardar un secreto...

-¡Oh prima! Seré muda...

-¿Como un pez?

-¡Como un pez!

-¿Por toda tu vida?

-¡Por toda mi vida!

-No. ¿Por tu felicidad en la Tierra?

-Sí.

-Pues bien; ¿se llama Wenceslao Steinbock!

-Un general de Carlos XII había que llevaba ese nombre.

-Era un tío segundo suyo. Su padre se había establecido en Livonia después de la muerte del rey de Suecia; pero perdió su fortuna cuando la campaña de 1812, y murió, dejando al pobre niño sin recursos a la edad de ocho años. El gran duque Constantino, a causa del nombre de Steinbock, lo tomó bajo su protección y lo puso en un colegio...

-No me desdigo -había respondido Hortensia-; dame una prueba de su existencia y tendrás mi chal amarillo. ¡Ah! Ese color es el que mejor sienta a las morenas.

-¿Me guardarás el secreto?

-Sí, te contaré los míos.

-Pues bien; la vez próxima que venga traeré la prueba.

-Pero la prueba ha de ser el novio -había dicho Hortensia.

La prima Bela, ansiosa desde su llegada a París de poseer un casimir, se había sentido fascinada ante la idea de que fuera suyo el casimir amarillo que el barón había dado a su mujer en 1808, la cual, según ocurre en todas las familias, había pasado de la madre a la hija en 1830. En diez años el chal se había estropeado bastante; pero este precioso tejido, siempre encerrado en una caja de sándalo, a la solterona le parecía siempre nuevo, lo mismo que el mobiliario de la baronesa. Pensaba aquélla hacer un regalo a la baronesa por el día de su santo, el cual, según creía, habría de probar la existencia de su fantástico novio.

Este regalo consistía en un sello de plata, compuesto de tres figuritas adosadas y envueltas en follajes, sosteniendo el globo terráqueo. Aquellos tres personajes representaban la Fe, la Esperanza y la Caridad. Los pies descansaban sobre monstruos que se despedazaban entre sí, agitándose entre ellos la simbólica serpiente. En 1846, después del inmenso paso que hicieron dar al arte de Benvenuto Cellini, la señorita de Fauveau, los Wagner, los Jeanest, los Froment-Meurice y los escultores en madera como Lienard, aquella obra maestra no sorprendería a nadie; pero en aquel momento, una joven experta en joyería debió de quedar asombrada al manejar aquel sello, cuando la prima Bela se lo presentó diciéndola:

-Toma, ¿qué te parece esto?

Las figuras, por su dibujo, por sus ropajes y por sus actitudes, pertenecían a la escuela de Rafael; por su ejecución recordaban la escuela de los broncistas florentinos que crearon los Donatello, Brunelleschi, Ghiberti, Benvenuto Cellini, Juan de Bolonia, etc. El Renacimiento en Francia no había fundido monstruos más caprichosos que aquellos que simbolizaban las malas pasiones. Las palmas, las hierbas, los juncos y las cañas que envolvían a las Virtudes eran de un efecto, de un gusto, de un adorno capaz de desespearar a las gentes del oficio. Una cinta unía las tres cabezas entre sí, y en los espacios comprendidos entre cada dos cabezas, veíase una W, una gamuza y la palabra fecit.

-¿Quién ha esculpido esto? -preguntó Hortensia.

-Mi novio -respondió la prima Bela-. Le ha costado diez meses de trabajo; por eso ha tenido que trabajar más este tiempo. Me ha dicho que Steinbock significaba, en alemán, animal de las rocas o gamuza. Piensa firmar así sus obras... ¡Ah! Ahora sí que tendré tu chal.

-¿Y por qué?

-¿Puedo yo comprar semejante joya? ¿Puedo encargarla? Es imposible; luego me la ha dado él. ¿Quién puede hacer semejantes regalos? ¡Un novio!

Hortensia, con un disimulo del que se habría asustado Sabela Fischer si lo hubiera notado, se guardó muy bien de expresar toda su admiración, aunque sentía esa sorpresa que se apodera de las personas cuya alma sabe sentir la belleza cuando ante sus ojos aparece una obra maestra sin defectos, completa, inesperada.

-¡Caramba! -dijo- Es muy bonita.

-Sí, muy bonita -repuso la solterona-; pero yo prefiero un casimir de color naranja. Pues bien, querida, mi novio pasa el tiempo trabajando en cosas de este gusto. Desde su llegada a París ha hecho tres o cuatro tonterías de esta clase, y ahí tienes el fruto de cuatro años de estudios y de trabajos. Ha estado de aprendiz en casa de unos fundidores, de unos joyeros... ¡Bah! Han pasado miles de cosas. Ahora me ha dicho que dentro de algunos meses será célebre y rico...

-Pero ¿es que lo ves?

-¡Toma! ¿Crees acaso que todo esto es una fábula? Te he dicho la verdad, en broma.

-¿Y te quiere? -preguntó vivamente Hortensia.

-¡Me adora! -respondió la prima, adoptando un aire grave- Mira, hija mía, él no ha conocido más que mujeres pálidas, insulsas, como lo son todas las del Norte; una muchacha morena, esbelta, joven como yo, le ha inflamado el corazón. Pero ¡ni palabra!, me lo has prometido.

-Ocurrirá con éste como con los otros cinco -dijo Hortensia con aire burlón, mirando el sello.

-Seis, señorita, pues dejé uno en Lorena que por mí, todavía hoy, descolgaría la Luna.

-Éste lo hace mejor -dijo Hortensia- porque te trae el Sol.

Estas continuadas bromas, seguidas de las locuras que pueden adivinarse, engendraban aquellas risas que habían redoblado las angustias de la baronesa, haciéndola comparar el porvenir de su hija con el presente, en que la veía entregarse a toda la alegría propia de su edad.

-Mas para ofrecerte joyas que exigen seis meses de trabajo, debe deberte muchos favores -preguntó Hortensia, a la que aquella alhaja hacía reflexionar profundamente.

-¡Ah! ¡Quieres saber demasiadas cosas de una vez! -respondió la prima Bela- Pero escucha..., mira, voy a meterte en un complot.

-¿Y estaré con tu novio?

-¡Ah! ¡Cómo desearías verle! Pero ya comprenderás que una solterona como vuestra Bela, que durante cinco años ha sabido guardar un novio, lo oculta muy bien... Así es que déjame tranquila. Yo, ya ves, no tengo ni gato, ni canario, ni perro, ni loro, y una vieja como yo bien necesita algo que querer, con que estar ocupada; por eso me he procurado un polaco.

-¿Tiene bigotes?

-Así de largos -dijo la Bela, mostrándole una cestilla cargada de hilos de oro.

Acostumbraba a llevar siempre consigo su labor y trabajaba mientras esperaba la comida.

-Si sigues haciendo preguntas, no sabrás nada. No tienes más que veintidós años y eres más charlatana que yo, que tengo cuarenta y dos, y aun cuarenta y tres.

-Escucho, soy de piedra -dijo Hortensia.

-Mi novio ha hecho un grupo de bronce de diez pulgadas de alto -repuso la prima Bela- Representa a Sansón desquijarando a un león, y lo ha enterrado para que se enmohezca y pueda creerse que es tan antiguo como Sansón. Y ahora esta obra maestra está expuesta en la tienda de un anticuario de la plaza del Carrousel, cerca de mi casa. ¡Si tu padre, que conoce al señor Popinot, ministro del Comercio y de la Agricultura, y al conde de Rastignac, pudiese hablarles de ese grupo como de una hermosa obra antigua que hubiese visto al pasar! Parece ser que los grandes personajes se dedican a estos artículos en lugar de ocuparse de nuestros dragones... Mi novio haría su fortuna si comprasen o, por lo menos, fuesen a examinar ese mal pedazo de cobre. El pobre muchacho afirma que tomarían esa tontería por antigua y que la pagarían muy cara. En este caso, si es uno de los ministros el que compra el grupo, irá a presentarse a él, le probará que es el autor y se verá llevado en triunfo... ¡Oh, ya se cree sobre el pináculo! El pobre muchacho tiene tanto orgullo como los condes nuevos.

-Quiere repetir lo de Miguel Ángel; mas para estar enamorado, no ha perdido el ingenio... -dijo Hortensia-. ¿Y cuánto quiere?

-¡Mil quinientos francos!... El anticuario no debe darlo por menos, ya que necesita cobrar una comisión.

-Papá es en este momento comisario del rey -dijo Hortensia-. Ve todos los días a los dos ministros en la Cámara, y yo me encargo de que haga tu negocio. ¡Será usted rica, señora condesa de Steinbock!

-No, mi hombre es demasiado perezoso, permanece semanas enteras modelando en cera roja y no adelanta nada. ¡Bah! Se pasa la vida en el Louvre, en la Biblioteca, mirando estampas y dibujándolas. Es un correescaparates.

Y las dos primas continuaron bromeando. Hortensia reía como cuando uno se esfuerza por reír, pues se sentía invadida por un amor que todas las jóvenes han sentido, el amor de lo desconocido, el amor en el estado vago y cuyos pensamientos se concretan en torno a una figura que les es arrojada por la casualidad, como la florescencia de la escarcha se deposita sobre las briznas de paja suspendidas por el viento en el margen de una ventana. Desde hacía diez meses había hecho un ser real del novio fantástico de su prima, por la razón de que ella, como su madre, creía en el celibato perpetuo de su prima; y desde que hacía ocho días, aquel fantasma había llegado a ser el conde Wenceslao Steinbock, el sueño tenía su partida de bautismo, la vaporosa niebla se solidificaba en un hombre joven de treinta años. El sello que tenía en la mano, especie de Anunciación donde el genio resplandecía como una luz, tuvo la potencia de un talismán. Hortensia se sentía tan dichosa, que se permitió dudar de que aquel cuento fuera historia; fermentaba su sangre y reía como una loca para engañar a su prima.

-Pero me parece que la puerta del salón está abierta -dijo la prima Bela-; vamos a ver si se ha marchado el señor Crevel.

-Mamá está muy triste desde hace dos días; sin duda se habrá roto el matrimonio de que se trataba.

-¡Bah! Eso puede, arreglarse; se trata, ahora puedo decírtelo de un consejero de la corte. ¿Te gustaría ser la señora presidenta? Si eso depende del señor Crevel, me dirá seguramente algo y mañana sabré si hay esperanzas...

-Prima, déjame el sello -pidió Hortensia-; no lo enseñaré a nadie... Dentro de un mes es el santo de mamá y te lo devolveré por la mañana.

-No, entrégamelo... Necesita un estuche.

-Pero se lo enseñaré a papá para que pueda hablar al ministro con conocimiento de causa, pues las autoridades no deben comprometerse -dijo ella.

-Pues bien; no se lo enseñes a tu madre; eso es todo lo que te pido, pues si supiese que tengo novio, se burlaría de mí...

-Te lo prometo...

Las dos primas llegaron a la puerta del tocador en el momento en que la baronesa acababa de desmayarse, y el grito que lanzó Hortensia bastó para reanimarla. Bela fue a buscar sales. Cuando volvió encontró a la madre y a la hija cada una en los brazos de la otra, la madre calmando los temores de su hija, y diciéndola:

-Esto no es nada, es una crisis nerviosa. Aquí tienes a tu padre -añadió, reconociendo la manera de llamar del barón-; sobre todo no le hables de esto...

Adelina se levantó para salir al encuentro de su marido, con la intención de llevarlo al jardín, mientras esperaban la comida, y hablarle del matrimonio deshecho, haciéndole explicarse acerca del porvenir y tratar de darle algunos consejos.

El barón Héctor Hulot mostrose en actitud parlamentaria y napoleónica, pues se distingue fácilmente a los imperiales -gente adicta al Imperio- por su combadura militar, por sus trajes azules con botones de oro, abrochados hasta el cuello, por sus corbatas de tafetán negro y por el paso de autoridad que contrajeron a causa de la costumbre del mando despótico impuesto por las apuradas circunstancias en que se encontraron. Preciso es convenir que nada en el barón hacía adivinar al viejo; era su vistan todavía tan buena, que leía sin lentes; su hermoso rostro oblongo, encuadrado entre unas patillas muy negras, ¡ay!, ofrecía una encarnación animada por los jaspeados que descubren a los temperamentos sanguinarios, y su vientre, contenido por un cinturón, manteníase, como dice Brillat-

Savarin, majestuosamente. Un gran aire aristocrático y mucha afabilidad servían de envoltura al libertino con quien Crevel había hecho tantas locuras. Era uno de esos hombres cuyos ojos se animan a la vista de una mujer hermosa y que sonrían a todas las bellas, hasta a las que pasan y no han de volver a ver más.

-¿Has hablado algo? -dijo Adelina, viéndole pensativo.

-No -contestó Héctor-; pero estoy cansado de haber oído hablar durante dos horas seguidas sin llegar a votar... ¡Hacen combates de palabras en los que son los discursos como cargas de caballería que no dispersan al enemigo! Han sustituido la palabra a la acción, lo que regocija poco a las gentes acostumbradas a avanzar, como le decía al mariscal al separarme de él. Pero ya basta con haberse aburrido sobre los bancos de los ministros, divirtámonos aquí...

-¡Buenos días, Cabra!... ¡Buenos días, Cabrita!

Y cogió a su hija por el cuello, la abrazó, la atormentó, la sentó sobre sus rodillas y colocó su cabeza sobre sus hombros para sentir aquella linda cabellera de oro sobre su rostro.

-Está fastidiado, cansado -se dijo la señora Hulot- y todavía voy a fastidiarle más... Esperemos. ¿Te quedarás con nosotros esta noche?... -preguntó en alta voz.

-No, hijas mías. Después de la comida os dejaré, y si no hubiese sido el día de la Cabra, de mis hijos y de mi hermano, no me habríais visto...

La baronesa tomó un periódico, miró los teatros y dejó el papel, donde había visto Roberto el Diablo anunciado en la ópera, Josefa, que había pasado hacía seis meses de la ópera italiana a la ópera francesa, cantaba el papel de Alicia. Esta pantomima no pasó desapercibida para el barón, que miró fijamente a su mujer. Adelina bajó los ojos, salió al jardín, y su esposo la siguió.

-Vamos a ver, ¿qué ocurre, Adelina? -dijo, cogiéndola por el talle, atrayéndola hacia sí y abrazándola- ¿No sabes que te quiero más que...?

-¿Más que a Jenny Cadine y a Josefa? -respondió ella con atrevimiento e interrumpiéndole.

-¿Quién te ha dicho eso? -preguntó el barón, que, soltando a su mujer, retrocedió dos pasos.

-Me han escrito una carta anónima, que he quemado, donde me decían amigo mío, que el matrimonio de Hortensia se ha deshecho por causa de la penuria en que nos encontramos. Tu mujer, querido Héctor, no habría jamás dicho una palabra; ha sabido tus relaciones con Jenny Cadine y ¿se quejó nunca? Pero la madre de Hortensia está obligada a decirte la verdad...

Hulot, después de un momento de silencio terrible para su mujer, de cuyo corazón escuchábase los latidos, descruzó los brazos, la cogió, estrechola contra su corazón, la besó en la frente y le dijo con aquella fuerza exaltada que presta el entusiasmo:

-¡Adelina, eres un ángel y yo soy un miserable!

-No, no -respondió la baronesa, poniéndole bruscamente su mano sobre los labios para impedirle que hablase mal de sí mismo.

-Sí, en este momento no tengo ni un céntimo para dar a Hortensia, y soy muy desgraciado; pero puesto que así me abres tu corazón, puedo verter en él penas que me ahogaban... Si tu tío Fischer se ve apurado, soy yo quien le ha puesto así: ¡ha firmado por mí veinticinco mil francos en letras de cambio! ¡Y todo eso para una mujer que me engaña, que se burla de mí cuando no estoy delante, que me llama viejo gato teñido!... ¡Oh! ¡Es horrible que cueste más caro satisfacer un vicio que alimentar una familia! ¡Y es irresistible!... Te prometería ahora no volver jamás a casa de esa israelita abominable, y si me escribiese dos líneas, iría, como entraba uno en fuego en tiempos del emperador.

-No te atormentes, Héctor -dijo la pobre mujer, desesperada, olvidándose de su hija, al ver que las lágrimas asomaban a los ojos de su marido-. Toma, aún tengo mis diamantes. ¡Ante todo, salva a mi tío!

-Tus diamantes apenas si valen hoy veinte mil francos. Eso no le bastaría al padre Fischer; así es que guárdalos para Hortensia. Ya veré mañana al mariscal.

-¡Pobre amigo mío! -exclamó la baronesa cogiendo las manos de su marido y besándolas.

Ésta fue toda la reprensión. Adelina ofrecía sus diamantes y el padre se los daba a Hortensia: la mujer consideró aquel esfuerzo como algo sublime, y quedó sin fuerzas.

-¡Es el amo, puede cogerlo todo; me deja mis diamantes, es un dios!

Tal fue el pensamiento de aquella mujer, que ciertamente había obtenido más con su dulzura que otra con alguna celosa cólera.

El moralista no sería capaz de negar que, generalmente, las personas bien educadas y muy viciosas son mucho más amables que las gentes virtuosas; teniendo crímenes que purgar, solicitan por previsión la indulgencia mostrándose benévolos con los defectos de sus jueces, y pasan por ser excelentes. Aunque haya personas muy encantadoras entre las gentes virtuosas, la virtud se juzga lo bastante hermosa por sí misma, para creerse dispensada de dar pruebas; además, las gentes realmente virtuosas, pues es preciso excluir a los hipócritas, tienen casi todas ligeras sospechas sobre su situación; se creen burladas en el gran mercado de la vida, y tienen palabras agridulces a la manera de las gentes que pretenden desconocidas. Así es que el barón, que se reprochaba la ruina de su familia, desplegó todos los recursos de su inteligencia y de sus gracias de seductor para su mujer, para sus hijos y para la prima Bela. Viendo venir a su hijo y a Celestina Crevel, que daba de mamar a un menudo Hulot, estuvo encantador con su nuera; la colmó de cumplimientos,

cosa a la que la vanidad de Celestina no estaba acostumbrada, porque jamás hubo joven adinerada que fuese tan vulgar ni tan perfectamente insignificante. El abuelo tomó al chiquillo lo besó, lo encontró delicioso y encantador; hablóle con el hablar de las nodrizas; profetizó que aquel niño sería más alto que él; deslizó halagos en honor a su hijo Hulot, y entregó el niño a la rolliza normanda encargada de cuidar de él. Celestina cambió con la baronesa una mirada que quería decir: «¡Qué hombre más adorable!» Naturalmente, ella defendía a su suegro contra los ataques de su propio padre.

Después de haberse mostrado suegro agradable y abuelo halagador, el barón condujo a su hijo al jardín para hacerle observaciones llenas de buen sentido acerca de la actitud que debía tomar en la Cámara en un caso delicado surgido aquella mañana. Llenó de admiración al joven abogado por la profundidad de sus puntos de vista, lo enterneció con su tono amistoso y, sobre todo, por la especie de deferencia con que parecía querer colocarlo a su nivel en lo sucesivo.

El hijo del señor Hulot era el joven tal como lo fabricara la revolución de 1830; el espíritu infatuado de política, respetuoso con sus esperanzas, ocultándolas bajo una falsa gravedad, muy envidioso de las reputaciones consagradas, soltando frases en lugar de esas palabras incisivas que son como los diamantes de la conversación francesa, pero lleno de delicadeza y confundiendo el ceño con la dignidad. Estas personas son sepulcros ambulantes que contienen un francés de antaño; el francés se agita a rachas y da golpes contra su envoltura inglesa; pero la ambición le retiene y consiente en disimularse. Este sepulcro va siempre forrado de negro.

-¡Ah! Ya está aquí mi hermano -dijo el barón Hulot, yendo a recibir al conde hasta la puerta del salón.

Después de haber abrazado al sucesor probable del difunto mariscal Montcornet, se lo llevó, cogiéndole del brazo con demostraciones de afecto y de respeto.

Este par de Francia, dispensado de ir a las sesiones a causa de su sordera, mostraba una hermosa cabeza enfriada por los años, de cabellos todavía lo bastante abundantes para que pudiesen estar como pegados por la presión del sombrero. Pequeño, rechoncho, un tanto enflaquecido, llevaba su verde vejez con aire vivaracho, y como conservaba una excesiva actividad para estarse condenado al reposo, dividía su tiempo entre la lectura y el paseo. Sus costumbres tranquilas veíanse en su rostro blanco, en su actitud, en su conversación honesta llena de cosas sensatas. Jamás hablaba de la guerra, ni de las campañas; sabía que era ya demasiado grande para tener que hacerlo. En un salón, limitaba su papel a una observación continua de los deseos de las damas.

-Estáis todos muy contentos -dijo, viendo la animación que el barón repartía en aquella pequeña reunión de familia-. Sin embargo -dijo-, Hortensia no está casada -advirtiendo en el rostro de su cuñada rastros de melancolía.

-Eso vendrá siempre demasiado pronto -le gritó al oído la prima Bela, con una voz formidable.

-¡Está usted bien, mal grano que no ha querido florecer! -le respondió riendo.

El héroe de Forzheim quería bastante a la prima Bela, pues encontraba entre ellos dos algunas semejanzas. Sin educación y salido del pueblo, sólo su valor había sido quien había labrado su fortuna militar, y su buen sentido pasaba por listeza. Lleno de honor y con las manos puras, acababa radiantemente su hermosa vida en medio de aquella familia donde se habían concentrado todas sus afecciones, sin sospechar los extravíos, secretos aún, de su hermano. Nadie gozaba más que él del hermoso espectáculo de aquella reunión, donde nunca brotaba el menor motivo de discordia, donde hermanos y hermanas se amaban igualmente, pues Celestina había sido en seguida considerada como de la familia. Por eso el bravo y pequeño conde de Hulot preguntaba de vez en cuando por qué no venía el padre Crevel.

-Mi padre está en el campo -le gritaba Celestina.

Esta vez le dijeron que el antiguo perfumista se hallaba viajando.

Aquella unión tan verdadera de la familia hizo pensar a la señora Hulot:

-He aquí la más segura de las felicidades, y ésta, ¿quién podrá quitárnosla?

Viendo a su favorita Adelina objeto de las atenciones del barón, el general se burló tan bien de ello, que el barón, temiendo el ridículo, dirigió su galantería a su nuera, que en aquellas comidas de familia era siempre el objeto de sus halagos y sus cuidados, pues esperaba hacer por ella volver al padre Crevel y obligarle a adjuar de todos sus resentimientos. Cualquiera que hubiese visto aquel interior de familia habríale costado trabajo creer que el padre estaba arruinado, la madre desesperada, el hijo en el último grado de la inquietud sobre el porvenir de su padre y la hija ocupada en robarle un novio a su prima.

A las siete, al ver el barón a su hermano, a la baronesa y a Hortensia ocupados en jugar al whist, marchose para ir a aplaudir a su querida en la ópera, llevándose a la prima Bela, que vivía en la calle del Deanato y que pretextaba la soledad de aquel barrio desierto para irse siempre después de comer. Todos los parisienses declararán que la prudencia de la solterona era racional.

La existencia del grupo de casas que se encuentran a lo largo del antiguo Louvre es una de esas protestas que los franceses gustan de hacer contra el buen sentido, para que Europa se tranquilice acerca de la dosis de inteligencia que se les concede y ya no les tema. Quizá haya en esto, sin nosotros saberlo, algún gran pensamiento político. Seguramente que no sería algo fuera de lugar el descubrir este rincón del París actual, porque más adelante no se lo podrían imaginar; y nuestros nietos, que indudablemente verán el Louvre terminado, se negarían a creer que semejante barbarie haya subsistido durante treinta y seis años en el corazón de París, frente al Palacio donde tres dinastías han recibido, durante estos últimos treinta y seis años, a lo más selecto de Francia y de Europa.

Desde el postigo que conduce al puente del Carrousel hasta la calle del Museo, todo hombre que haya estado en París, aunque no haya sido más que unos días, se ha fijado en una docena de casas con fachadas ruinosas, donde los propietarios descorazonados no hacen ninguna reparación, y que son los restos de un antiguo barrio en demolición desde el día en que Napoleón decidió terminar el Louvre. La calle y el callejón del Deanato, he ahí las únicas vías interiores de aquel conjunto sombrío y desierto, donde los habitantes probablemente son fantasmas, ya que nunca se ve a nadie. El pavimento, mucho más bajo que el de la calzada de la calle del Museo, se encuentra al nivel del de la calle de Froidmanteau. Enteradas ya por la elevación de la plaza, aquellas casas están cubiertas por la sombra eterna que proyectan las galerías altas del Louvre, ennegrecidas de este lado por el viento del Norte. Las tinieblas, el silencio, el aire glacial, la profundidad cavernosa del suelo concurren a hacer de esas casas especies de criptas, tumbas vivientes. Cuando a lo largo de ese medio barrio muerto pasa un cabriolé, y cuando la mirada penetra en la callejuela del Deanato, el alma siente frío, preguntándose quién puede vivir allí, qué debe pasar allí por la noche, a la hora en que esta callejuela se convierte en una caverna de bandidos, y donde los vicios de París, envueltos en el manto de la noche, se entregan a locas carreras. Este problema, espantoso por sí mismo, se hace horrible cuando se ve que aquellas pretendidas casas están rodeadas por un pantano del lado de la calle de Richelieu, por un océano de pesados adoquines por la parte de las Tullerías, pequeños jardines y siniestras barracas del lado de las galerías, y estepas de piedras de cantería y de demoliciones por la parte del viejo Louvre. Enrique III y sus meninos que buscan sus calzas, los amantes de Margarita en busca de sus cabezas, deben bailar zarabandas a la luz de la Luna en aquellos desiertos dominados por la bóveda de una capilla todavía en pie, para demostrar que la religión católica, tan arraigada en Francia, sobrevive a todo. Pronto hará cuarenta años que el Louvre grita por todas las bocas de aquellos muros despanzurrados, de aquellas ventanas abiertas: «¡Extirpad esas verrugas de mi cara!» Indudablemente se ha reconocido la utilidad de ese peligroso paso y la necesidad de simbolizar en el corazón de París la alianza íntima entre la miseria y el esplendor, que caracteriza a la reina de las capitales. Al igual de estas ruinas frías, en cuyo seno el periódico de los legitimistas adquirió la enfermedad de que muere, las infames barracas de la calle del Museo y el recinto de tablas de los mercaderes allí establecidos, ¡quizá alcancen una vida más larga y más próspera que la de las tres dinastías!

Desde 1823, la modicidad del alquiler de las casas condenadas a desaparecer había atraído a la prima Bela para habitar allí, a pesar de que el estado del barrio la obligaba a retirarse antes de que cerrase la noche. Por otra parte, aquella necesidad se avenía con la costumbre aldeana por ella conservada de acostarse y levantarse con el Sol, lo que procura a las gentes del campo notables economías en el alumbrado y en la calefacción. Vivía, pues, en una de las casas a las que la demolición del famoso palacio ocupado por Cambacerés ha devuelto las vistas a la plaza.

En el momento en que el barón dejó a la prima de su mujer en la puerta de aquella casa, diciéndole: «¡Adiós, prima!», una mujer joven, pequeña, esbelta, bonita, vestida con gran elegancia y exhalando un escogido perfume, pasaba entre el coche y la pared para entrar también en la casa. Esta dama cambió, sin ninguna clase de premeditación, una mirada con el barón, tan sólo por ver al primo de la inquilina; pero el libertino experimentó esa viva impresión que experimentan todos los parisienses cuando se tropiezan con una linda mujer

que, como dicen los entomologistas, realiza su desiderata, y antes de subir al coche se puso con prudente lentitud uno de sus guantes, para tomar una posición y poder seguir con la vista a la joven, cuyo traje veíase agradablemente balanceado por algo distinto a esos horribles y fraudulentos miriñaques de crinolina.

-He ahí -se decía- una mujercita gentil a quien gustoso haría feliz, pues ella me lo haría a mí.

Cuando la desconocida hubo llegado al descansillo de la escalera que correspondía al piso principal, miró a la puerta de la calle con el rabillo del ojo, positivamente sin volverse, y vio al barón clavado en su sitio por la admiración, devorado por el deseo y por la curiosidad. Era como una flor que todas las parisienses aspiran con agrado al hallarla a su paso. Ciertas mujeres, esclavas de sus deberes, virtuosas y lindas, vuelven a sus casas bastante enfadadas cuando no han reunido su ramito durante el paseo.

La joven subió rápidamente la escalera. Pronto una ventana de la habitación del segundo piso hubo de abrirse, y en ella se mostró, pero en compañía de un hombre cuyo cráneo pelado y mirada poco enojada revelaban a un marido.

-¡Qué astutas y espirituales son esas criaturas!... -se dijo el barón- Así me indica dónde vive. Es algo demasiado peligroso, sobre todo en este barrio. Tengamos cuidado.

El director alzó la cabeza cuando hubo subido al milord, y entonces la mujer y el marido se retiraron vivamente, como si el rostro del barón hubiese producido sobre ellos el efecto mitológico de la cabeza de Medusa.

-Diríase que me conocen -pensó el barón-. Entonces todo se explicaría.

En efecto, cuando el coche hubo remontado la calzada de la calle del Museo, se inclinó para volver a ver a la desconocida y la vio otra vez en la ventana. Avergonzada de verse sorprendida contemplando la capota bajo la cual estaba su admirador, la joven se echó vivamente hacia atrás.

-Yo sabré quién es por la Cabra -se dijo el barón.

El aspecto del consejero de Estado había producido, como va a verse, una sensación profunda sobre la pareja.

-Es el barón Hulot, el director de mis oficinas -exclamó el marido, abandonando la ventana.

-Oye, Marneffe, ¿no es prima suya la solterona del tercer piso, que vive con un joven? ¡Es raro que no lo hayamos sabido hasta hoy, y por casualidad!

-¡Vivir con un joven la señorita Fischer! -repitió el empleado- Eso serán habladurías de la portera... No hablemos tan ligeramente de la prima de un consejero de Estado que hace y deshace en el ministerio. ¡Mira, vamos a cenar, que te estoy esperando desde las cuatro!

La muy linda señora Marneffe, hija natural del conde Montcornet, uno de los lugartenientes más célebres de Napoleón, había sido casada, mediante una dote de veinte mil francos, con un empleado subalterno del Ministerio de la Guerra. Por la influencia del ilustre teniente general, mariscal de Francia durante los seis meses últimos de su vida, aquel plumífero había llegado a la inesperada plaza de primer comisario de sus oficinas; pero en el momento en que iba a ser nombrado subjefe, la muerte del mariscal había cortado las esperanzas de Marneffe y de su mujer. La exigüidad de la fortuna del señor Marneffe, que había agotado ya la dote de la señorita Valeria Fortin, ora en el pago de sus deudas como empleado, ora en las compras necesarias para un mozo que pone una casa, pero sobre todo por las exigencias de una linda mujer habituada en casa de su madre a goces que no quiso renunciar, habían obligado al matrimonio a realizar economías en el alquiler.

La situación en la calle del Deanato, poco alejada del Ministerio de la Guerra y del centro parisiense, agradó a los señores Marneffe, que desde hacía cuatro años vivían en la casa de la señorita Fischer.

El señor don Juan Pablo Estanislao Marneffe pertenecía a esa clase de empleados que se resisten al embrutecimiento por esa especie de poder que da la depravación. Aquel hombrecito delgado de cabellos y barba poco espesos, cara descolorida, paliducha, más gastada que arrugada, los ojos con párpados ligeramente enrojecidos y provistos de antiparras, de porte mezquino y de más mezquino talante, realizaba el tipo que cada cual se imagina de un hombre llevado ante los tribunales por atentado a las costumbres.

La habitación ocupada por este matrimonio, tipo de muchos matrimonios parisienses, ofrecía las engañosas apariencias de ese falso lujo que en tantos interiores reina. En el salón, los muebles tapizados con terciopelo de algodón pasado, las estatuillas de yeso simulando el bronce florentino, la araña mal cincelada, simplemente pintada de color, con arandelas de cristal fundido; la alfombra, cuya baratura se explicaba tardíamente, gracias a la cantidad de algodón introducida por el fabricante y que se hacía visible a primera vista; todo, desde las cortinas que os hubiesen hecho ver que el damasco de lana no tiene tres años de esplendor, todo acusaba la miseria como un pobre andrajoso a la puerta de una iglesia.

El comedor, mal cuidado por una sola sirvienta, presentaba el aspecto nauseabundo de los comedores de los hoteles provincianos; todo estaba allí grasiento y mal conservado.

El cuarto del señor, bastante parecido al cuarto de un estudiante, amueblado con una cama de soltero y unos muebles ajados y gastados como su mismo amo, sólo se limpiaba una vez a la semana. Aquel horrible cuarto, en donde todo estaba tirado y en el que los calcetines sucios pendían de sillas de crin desfundadas, cuyas flores reaparecían dibujadas por el polvo, anunciaban bien claramente al hombre que siente indiferencia por su hogar, que vive fuera, entregado al juego, en los cafés o por otras partes.

El cuarto de la señora era una excepción en medio de la degradante incuria que deshonoraba la habitación oficial, donde las cortinas eran amarillas por causa del polvo y del humo, y donde el niño, evidentemente abandonado a sí mismo, dejaba sus juguetes tirados

por todas partes. Situados en el ala que unía, por una parte sólo, la casa edificada en la parte anterior de la calle con el cuerpo de edificio adosado al fondo del patio de la propiedad vecina, el dormitorio y el tocador de Valeria, elegantemente tapizados de sarga, con muebles de palisandro y alfombra de moqueta, denotaban la presencia de una mujer bonita y, digámoslo casi de la mujer entretenida. Sobre el tapete de terciopelo de la chimenea se alzaba el reloj entonces de moda. Veíase un pequeño Dunkerque bastante bien guarnecido, varias jardineras de porcelana china lujosamente montadas. La cama, el tocador, el armario de luna, el vis à vis, las obligadas baratijas que demostraban los caprichos y las fantasías de la época.

Aunque todo fuese de tercer orden en cuanto a riqueza y elegancia, aunque todo datase de tres años antes, un petimetre no hubiese podido decir otra cosa sino que aquel lujo estaba impregnado de burguesía. El arte, la distinción que resulta de las cosas que el gusto sabe apropiarse, faltaban allí en absoluto. Un doctor en ciencias sociales hubiese reconocido al amante en algunas de aquellas futilidades de bisutería rica que no pueden provenir más que de ese semidiós, siempre ausente y siempre presente en una mujer casada.

La comida que hicieron el marido, la mujer y el niño, aquella comida retrasada cuatro horas, hubiese explicado la crisis financiera que aquella familia padecía, pues la mesa es el termómetro más seguro de la fortuna en los hogares parisienses. Una sopa de hierbas hecha con caldo de judías, un pedazo de ternera con patatas, inundado de agua roja en lugar de salsa; un plato de judías y cerezas de calidad inferior, todo ello servido y comido en platos y fuentes cascados, con los cubiertos poco sonoros y tristes de metal, ¿era un banquete digno de aquella linda mujer? El barón hubiese llorado si hubiera sido testigo de ella. Las garrafas empañadas no bastaban a ocultar el feo color del vino, tomado por litros en la tienda de la esquina. Las servilletas servían hacía una semana. En fin, todo denotaba una miseria sin dignidad, la indiferencia de la mujer y la del marido con respecto a la familia. El observador más vulgar se habría dicho, viéndoles, que aquellos dos seres habían llegado a ese funesto momento en que la necesidad de vivir hace buscar una feliz truhanería.

La primera frase que Valeria dijo a su marido va, por otra parte, a explicar el retraso que había sufrido la cena, debido probablemente al interesado apego de la cocinera.

-Samanon no quiere aceptar tus letras de cambio más que al cincuenta por ciento, y pide como garantía una hipoteca sobre tu sueldo.

La miseria, secreta aún en casa del director de la Guerra y que tenía como biombo un sueldo de veinticuatro mil francos, sin contar las gratificaciones, en casa del empleado había, pues, llegado al último período.

-Has hecho a mi director -dijo el marido, mirando su mujer.

-Así creo -respondió ella sin asustarse de aquella palabra tomada de la jerga de entre bastidores.

-¿Qué va a ser de nosotros? -repuso Marneffe-. El propietario nos embargará mañana. ¡Y tu padre, que tiene la ocurrencia de morir sin hacer testamento! La verdad es que esas gentes del Imperio se creen todas inmortales como su emperador.

-¡Pobre padre mío! -dijo ella-. No tenía más hija que yo y me quería mucho. La condesa habrá quemado el testamento. ¿Cómo iba a olvidarme, él, que de tiempo en tiempo me daba tres o cuatro billetes de mil francos a la vez?

-Debemos cuatro plazos, o sea mil quinientos francos; ¿los valen nuestros muebles? That is the question!, ha dicho Shakespeare.

-Mira, adiós, gatito mío -dijo Valeria, que no había tomado más que algunos trozos de ternera, cuyo jugo había extraído la criada para un valiente soldado regresado de Argel-. ¡A grandes males, grandes remedios!

-Valeria, ¿dónde vas? -exclamó Marneffe, cortando a su mujer el camino de la puerta.

-Voy a ver a nuestro casero -respondió ella, arreglando sus cabellos, que brotaban debajo de su lindo sombrero-. Tú debieras ponerte a bien con esa solterona, toda vez que es prima del director.

La ignorancia en que están los inquilinos de una misma casa de sus recíprocas situaciones sociales es uno de los hechos constantes que mejor pintan el atractivo de la vida parisiense; pero es fácil de comprender que un empleado que va todos los días muy de mañana a su oficina, que vuelve a su casa para comer, que sale todas las tardes, y que una mujer entregada a los placeres de París puedan no saber nada de una solterona albergada en el tercer piso, en el fondo del patio de su casa, sobre todo cuando esta solterona tiene las costumbres de la señorita Fischer.

Sabela era la primera de la casa en ir a buscar la leche, el pan y el cisco, sin hablar a nadie, y se acostaba con el Sol; jamás recibía cartas ni visitas y tampoco frecuentaba a las vecinas. Era la suya una de esas vidas anónimas, entomológicas, como las hay en algunas casas, donde al cabo de cuatro años se sabe que en el cuarto piso existe un anciano que ha conocido a Voltaire, a Pilastre de Rosier, a Beaujon, a Marcel, a Molé, a Sofía Arnoult, a Franklin y a Robespierre. Lo que los señores Marneffe acababan de decir acerca de Sabela Fischer lo habían sabido a causa del aislamiento del barrio y de las relaciones que su apurada situación había establecido entre ellos y los porteros, con cuya amistad procuraban contar, por la cuenta que les tenía. Ahora bien; la altivez, el mutismo, la reserva de la solterona habían engendrado entre los porteros ese respeto exagerado, esas relaciones frías que denotan el oculto descontento en el inferior. Los porteros creíanse, por otra parte, en su clase, como dicen en el Palacio, iguales a un inquilino cuyo alquiler era de doscientos cincuenta francos. Siendo ciertas las confidencias de la prima Bela a su primita Hortensia, podía comprender todo el mundo que la portera, en las conversaciones íntimas con los Marneffe, había podido calumniar a la señorita Fischer, creyendo simplemente que murmuraba de ella.

Cuando la solterona recibió la palmatoria de manos de la respetable señora Olivier, la portera se adelantó para ver si las ventanas de la guardilla que había encima de su habitación estaban iluminadas. En julio, y a aquella hora, estaba el patio tan oscuro que la solterona no podía acostarse sin luz.

-¡Oh! Esté usted tranquila. El señor Steinbock está en casa, ni siquiera ha salido -dijo maliciosamente la señora Olivier a la señorita Fischer.

La solterona no respondió nada, pues en esto seguía aún siendo aldeana, burlándose del qué dirán de las gentes que estaban por debajo de ella; y del mismo modo que los aldeanos no ven más que su aldea, ella no se preocupaba sino de la opinión del pequeño círculo en medio del cual vivía. Subió, pues, resueltamente, no a su habitación, sino a aquella guardilla. He aquí por qué. A los postres había metido en su saquito frutas y golosinas para su novio, e iba a dárselas, enteramente lo mismo que una solterona lleva una golosina a su perro.

Encontró, trabajando a la luz de una lamparilla cuya claridad se aumentaba pasando a través de un globo de cristal lleno de agua, al héroe de los sueños de Hortensia un joven pálido y rubio, sentado ante una especie de banco cubierto de herramientas de cincelador, de cera roja, de cinceles, de pedestales y de cobres fundidos sobre el modelo, vestido con una blusa y teniendo un pequeño grupo de cera para modelar, que contemplaba con la atención de un poeta absorto en su trabajo.

-Tome, Wenceslao, mire lo que le traigo -dijo ella, colocando su pañuelo sobre un rincón del banco.

Después abrió su saquito y sacó con precaución las golosinas y las frutas.

-Es usted muy buena, señorita -respondió el pobre desterrado con una voz triste.

-Esto le refrescará, pobre hijo mío. Usted se calienta la cabeza trabajando de ese modo, y no ha nacido para tan rudo oficio.

Wenceslao Steinbock miró a la solterona con aire asombrado.

-Coma usted -exclamó ella bruscamente-, en lugar de contemplarme como a una de esas figuras que tanto le agradan.

Al recibir aquella especie de golpe en palabras, el asombro del joven cesó, pues reconoció entonces a su mentor hembra, cuya ternura le sorprendía siempre, de tal modo como estaba acostumbrado a ser tratado con rudeza. Aunque Steinbock tuviese veintinueve años, parecía, como algunos rubios, tener cinco o seis años menos; y al ver aquella juventud, cuya frescura había cedido bajo las fatigas y las miserias del destierro, unida a aquella cara seca y dura, se habría creído que la Naturaleza sufriera un engaño al darles el sexo. El joven se levantó y fue a tumbarse sobre un viejo sofá Luis XV, cubierto de terciopelo de Utrech amarillo, cual si desease descansar. Entonces la solterona tomó una ciruela claudia y se la presentó cariñosamente a su amigo.

-Gracias -dijo éste tomando la fruta.

-¿Está usted cansado? -preguntó ella, dándole otra fruta.

-No estoy cansado del trabajo, sino de la vida -respondió.

-¡Vaya unas ideas! -repuso ella con una cierta acritud-. ¿No tiene usted un genio bueno que vela por su persona? -añadió, ofreciéndole las golosinas y viéndoselas comer con gusto-. Mire, mientras comía en casa de mi prima he pensado en usted.

-Ya sé -dijo, dirigiendo a Sabela una mirada cariñosa y triste a la vez- que a no ser por usted, hace ya tiempo que no viviría; pero mi querida señorita, los artistas necesitan distracciones...

-¡Ah! ¡Ya estamos así! -exclamó, interrumpiéndole, poniendo los brazos en jarras y fijando en él sus chispeantes ojos- ¿Quiere usted ir a perder su salud en las infamias de París, como tantos obreros que acaban por ir a morir al hospital? No, no; haga usted primero una fortuna, hijo mío, y cuando tenga rentas se divertirá, pues entonces tendrá con qué pagar a los médicos y los placeres, siendo como es tan libertino.

Al recibir aquella arremetida, acompañada de miradas que le inundaban de una llama magnética, Wenceslao Steinbock bajó la cabeza. Si la más mordaz maledicencia hubiese podido ver el comienzo de aquella escena, habría reconocido desde luego la falsedad de las calumnias lanzadas por los esposos Olivier contra la señorita Fischer. Todo, los acentos, los gestos y las miradas de aquellos seres, acusaba la pureza de su vida secreta. La solterona desplegaba la ternura de una maternidad brutal, pero positiva. El joven sufría como un hijo respetuoso la tiranía de una madre. Aquella extraña alianza parecía ser el resultado de una voluntad poderosa, obrando incesantemente sobre un carácter débil, sobre esa peculiar inconsistencia de los esclavos que, desplegando un valor heroico en los campos de batalla, dan pruebas de un increíble desorden en su conducta, de una blandura moral cuyas causas deberían estudiar los fisiólogos, ya que los fisiólogos son a la política lo que los entomólogos a la agricultura.

-¿Y si muero antes de ser rico? -Preguntó melancólicamente Wenceslao.

-¡Morir! -exclamó la solterona-. ¡Oh! No le dejaría morir. Yo tengo vida para los dos, y si fuese necesario, le daría mi sangre.

Al oír aquella exclamación violenta e ingenua, las lágrimas humedecieron los párpados de Steinbock.

-No se entristezca usted, mi pequeño Wenceslao -repuso Sabela, conmovida- Mire, creo que a mi prima Hortensia le ha parecido muy bonito su sello. Vamos, yo haré que venda usted bien su grupo de bronce, y así quedará en paz conmigo... ¡Hará usted lo que quiera, será libre! ¡Vamos, riase!...

-No estaré nunca en paz con usted, señorita -respondió el pobre desterrado.

-¿Por qué no? -preguntó la aldeana de los Vosgos, fingiendo ponerse de parte del livonio y en contra de sí misma.

-¡Porque usted no solamente me ha alimentado, me ha albergado y me ha cuidado en la miseria, sino que además me ha fortalecido! Me ha hecho ser lo que soy, ha sido a veces dura conmigo, me ha hecho sufrir...

-¿Yo? -dijo la solterona- ¿Va usted a empezar de nuevo con sus tonterías acerca de la poesía y de las artes, haciendo castañetear los dedos y extendiendo los brazos como un loco para hablar de su hermoso ideal y de sus locuras del Norte? ¡Lo bello no vale tanto como lo sólido, y lo sólido soy yo! ¿Usted tiene ideas en el cerebro? ¡Magnífico! Yo también tengo ideas... ¿De qué sirve lo que se tiene en el alma si no se saca de ello ningún partido? Los que tienen ideas no están, pues, más adelantados que los que no las tienen si éstos saben moverse... En lugar de pensar en sus sueños, es preciso trabajar. ¿Qué ha hecho usted desde que me he marchado?...

-¿Qué ha dicho su bonita prima?

-¿Quién le ha dicho a usted que es bonita? -preguntó vivamente Sabela, con un acento donde rugían unos celos de tigre.

-Usted misma.

-Sí, se lo dije para ver la cara que ponía. ¿Tiene usted ganas de correr tras de las faldas? Pues bien, fúndalas usted, produzca sus deseos en bronce; porque aún tendrá que pasarse algún tiempo sin amoríos, y sobre todo sin mi prima, querido mío... Éste no es manjar para su boca; ella necesita un hombre de sesenta mil francos de renta, y ya lo ha encontrado... Pero ¡cómo! ¿Está la cama sin hacer? -dijo mirando a través del otro cuarto- ¡Oh! Pobre gatito mío, le he tenido olvidado...

Diciendo esto, la vigorosa joven se desembarazó de sus guantes, de su sombrero y de su manteleta, y como una criada, hizo en un instante la camita de colegial donde dormía el artista. Aquella mezcla de brusquedad, de rudeza y aun de bondad puede dar una explicación del imperio que Sabela había adquirido sobre aquel hombre, a quien consideraba como una cosa suya. ¿No nos atrae la vida por sus alternativas de bueno y de malo? Si el livonio hubiese topado con la señora Marneffe en lugar de dar con Sabela Fischer, habría encontrado en su protectora una complacencia que le hubiese conducido por alguna senda cenagosa y deshonorosa en la que se habría perdido. No habría trabajado y, por consiguiente, el artista no habría brotado. Así es que, al mismo tiempo que deploraba la áspera avidez de la solterona, la razón le decía que debía preferir aquel lazo de hierro a la perezosa y peligrosa existencia que llevaban algunos de sus compatriotas.

He aquí las causas a que era debido el enlace de aquella energía femenina y de aquella debilidad masculina, especie de contrasentido que, según parece, es bastante frecuente en Polonia.

En 1833, la señorita Fischer, que a veces trabajaba por la noche cuando tenía mucho que hacer, sintió, a eso de la una de la madrugada, un fuerte olor de ácido carbónico y oyó las quejas de un moribundo. El olor del carbón y el estertor de la agonía provenían de una guardilla situada encima de los dos cuartos de que se componía su habitación; supuso que un joven recién llegado a la casa, y que se había alojado en aquella guardilla, desalquilada hacía tres años, se estaba suicidando. Subió rápidamente, hundió la puerta con su fuerza de lorenese y encontró al inquilino retorciéndose sobre su catre en medio de las convulsiones de la agonía. Apagó el brasero. Abierta la puerta, renovóse el aire y el desterrado quedó salvado; después, cuando Sabela lo hubo acostado como a un enfermo, al verlo dormido, pudo reconocer las causas del suicidio en la absoluta desnudez de los dos cuartos de aquella guardilla, donde no existía más que una mala mesa, el catre y dos sillas.

Sobre la mesa había este escrito, que leyó:

«Soy el conde Wenceslao Steinbock, nacido en Prelie, Livonia.

«Que no se acuse a nadie de mi muerte, pues las razones de mi suicidio están encerradas en estas palabras de Kosciusko: Finis Poloniae.

«El sobrino segundo de un valeroso general de Carlos XII no ha querido mendigar. Mi débil constitución me impedía el servicio militar, y ayer vi el fin de los cien táleros con que he venido de Dresde a París. Dejo veinticinco francos en el cajón de esta mesa para pagar el alquiler que debo al propietario.

«Como no tengo parientes, mi muerte no interesa a nadie. Ruego a mis compatriotas que no acusen al Gobierno francés, pues no me he dado a conocer como refugiado, no he pedido nada, no he encontrado a ningún desterrado y nadie sabe que vivo en París.

«Habré muerto animado por pensamientos cristianos. ¡Que Dios perdone al último de los Steinbock!

Wenceslao.»

La señorita Fischer, excesivamente conmovida ante la probidad del moribundo, que pagaba su alquiler antes de matarse, abrió el cajón y vio, en efecto, cinco monedas de cinco francos.

-¡Pobre joven! -exclamó- ¡Y no hay nadie en el mundo para interesarse por él!

Bajó en seguida a su habitación, tomó su labor y volvió a trabajar a aquella guardilla, velando al pobre livonio. Fácilmente se podrá juzgar el asombro del desterrado cuando al despertar vio a una mujer a la cabecera de su cama. Creyó que continuaba su sueño. Al mismo tiempo que hacía cordones de oro para un uniforme, la solterona se había prometido proteger a aquel pobre muchacho, a quien había admirado mientras dormía. Cuando el joven conde estuvo completamente despejado, Sabela le animó, interrogándole para saber cómo podría hacerle ganarse la vida. Wenceslao, después de haberle contado su historia,

añadió que había debido su plaza a su reconocida vocación por las artes; siempre se había sentido con disposición para la escultura; pero el tiempo necesario para los estudios le pareció demasiado largo para un hombre sin dinero, y en aquel momento se sentía demasiado débil para dedicarse a un oficio manual o para emprender la escultura en grande. Estas palabras fueron griego para Sabela Fischer. No dejó de responderle a aquel desgraciado que París ofrecía tantos recursos, que un hombre de buena voluntad siempre encontraba medios de vivir. Las gentes de corazón no perecían cuando procuraban obrar con cierta paciencia.

-Yo no soy más que una pobre muchacha, una aldeana, y he sabido crearme una posición independiente -y agregó para terminar-: Escúcheme. Si usted se decide seriamente a trabajar, tengo algunas economías y le iré dando todos los meses el dinero necesario para vivir, pero estrictamente para vivir, no para hacer el calavera, ni para corretear... En París se puede comer por cinco reales diarios, y yo le haré su almuerzo con el mío todas las mañanas. Además amueblaré su cuarto y pagaré las enseñanzas que crea necesarias. Usted me dará garantías del dinero que yo vaya gastando por usted, y cuando sea usted rico me lo devolverá todo. Pero si usted no trabaja, no me consideraré comprometida a nada, y le abandonaré.

-¡Ah! -exclamó el desgraciado, que sentía aún la amargura de su primer abrazo con la muerte- Los desterrados de todos los países tienen razón en tender sus brazos a Francia, como las almas del purgatorio al paraíso. ¿En qué nación como en ésta se encuentran socorros y corazones generosos en todas partes, hasta en una guardilla? ¡Mi querida bienhechora, usted lo será todo para mí, yo seré su esclavo! Sea usted amiga mía -añadió, haciendo una de esas demostraciones cariñosas tan comunes en los polacos y que contribuyen a que se les acuse injustamente de serviles.

-¡Oh! No; yo soy demasiado celosa y le haría desgraciado; pero seré con gusto algo así como su compañera -repuso Sabela.

-¡Oh! Si supiese usted con qué ardor llamaba yo a una criatura cualquiera que me quisiese, aunque fuese un tirano, cuando luchaba a brazo partido en el vacío de París -repuso Wenceslao- Yo echaba de menos Siberia, adonde el emperador me enviaría si volviese a mi patria. Sea usted mi providencia... Yo trabajaré, seré mejor de lo que soy, aunque no haya sido nunca mal muchacho.

-¿Hará usted todo lo que yo le diga? -preguntó ella.

-Sí.

-Pues bien; le tomo a usted por hijo -respondió la solterona alegremente-. Heme ya con un muchacho que acaba de salir de la tumba. Vamos, empecemos. Yo voy a buscar mis provisiones, usted se viste, y cuando oiga que doy golpes en el techo con el mango de la escoba, vendrá usted a participar de mi almuerzo.

Al día siguiente la señorita Fischer tomó informes en casa de los fabricantes para quienes trabajaba acerca de la profesión de escultor. A fuerza de preguntar logró descubrir

el taller de Florent y Chanor, casa especial donde se fundían y cincelaban los bronces ricos y los servicios de plata de gran lujo. Allí llevó a Steinbock en calidad de aprendiz escultor, proposición que pareció extraña, ya que allí se fundían los modelos de los artistas más famosos, pero no se enseñaba a esculpir. La persistencia y la testarudez de la solterona lograron colocar a su protegido como dibujante de adornos. Steinbock no sólo supo en seguida modelarlos, sino que los inventó nuevos, pues tenía gran vocación. Cinco meses después de haber acabado su aprendizaje de cincelador trabó conocimiento con el famoso Stidmann, el principal escultor de la casa Florent. Al cabo de veinte meses Wenceslao sabía más que su maestro; pero en treinta meses las economías reunidas por la solterona durante dieciséis años viéronse agotadas por completo. ¡Dos mil quinientos francos en oro! Una suma que ella pensaba colocar a interés y que estaba representada, ¿por qué?, por la letra de cambio de un polaco. Por esta razón, Sabela trabajaba en aquel momento como en su juventud, a fin de atender a los gastos del livonio. Pero cuando vio entre sus manos un papel en lugar de las monedas de oro, perdió la cabeza y fue a consultar al señor Rivet, que desde hacía quince años se había convertido en el consejero de su primera y más hábil obrera. Al saber aquella aventura, el señor y la señora Rivet riñeron a Sabela, la trataron de loca, criticaron a los refugiados, cuyas andanzas para llegar a ser una nación comprometían la prosperidad del comercio y la paz, y animaron a la solterona a que se procurase lo que se llama en términos comerciales una garantía.

-La única garantía que ese mocito puede ofrecerle es su libertad -dijo el señor Rivet.

Don Aquiles Rivet era juez en el Tribunal de Comercio.

-Y a fe que no es ninguna broma la cárcel por deudas para los extranjeros -repuso-. Un francés permanece cinco años en la cárcel y después sale de ella sin haber pagado las deudas; es verdad, porque ya no se ve apremiado más que por su conciencia, que suele dejarle tranquilo; pero un extranjero no sale jamás de la cárcel. Deme usted su letra de cambio, endóselas a nombre de mi tenedor de libros, quien la hará protestar; les perseguirá a los dos, obtendrá contradictoriamente un juicio que decretará el libramiento, y cuando todo esté en regla le firmará a usted una contraletra. Obrando así, los intereses correrán, ¡y tendréis siempre una pistola cargada contra su polaco!

La solterona dejó ponerse en regla sus cosas, advirtiendo a su protegido que no le preocupase aquel procedimiento, hecho únicamente para dar garantías a un usurero que consentía en adelantarle algún dinero. La estratagema era debida al genio inventivo del juez del Tribunal de Comercio. El inocente artista, ciego por su confianza en su bienhechora, encendió su pipa con los papeles timbrados, pues fumaba, como todos los que tienen penas o energías que adormecer. Un buen día el señor Rivet hizo ver a la señorita Fischer un documento, diciéndole:

-Tiene usted a su Wenceslao Steinbock atado de pies y manos, y de tal modo, que en veinticuatro horas puede usted hacer que le alojen en Clichy para el resto de su vida.

Aquel digno y honrado juez de comercio experimentó aquel día la satisfacción que debe producir la certidumbre de haber cometido una mala nueva acción. La beneficencia tiene tantas maneras de manifestarse en París, que esta singular expresión responde a una de sus

variaciones. Una vez cogido el livonio entre las redes del procedimiento comercial, tratábase de lograr el pago, pues el notable comerciante consideraba a Steinbock como un estafador. El corazón, la probidad y la poesía eran en los negocios, según su manera de ver, siniestros. Rivet, por interés de la pobre señorita Fischer, que según él decía, había sido engañada por un polaco como una pava, fue a ver a los ricos fabricantes de cuya casa acababa de salir Steinbock. Ahora bien; secundado por los notables artistas de la platería parisiense ya citados, Stidmann, que hacía llegar el arte francés a la perfección que tiene ahora y que le permite luchar con los florentinos y el Renacimiento, encontrábase en el despacho de Chanor cuando el bordador fue a pedir informes acerca del llamado Steinbock, un refugiado polaco.

-¿Por quién dice usted el llamado Steinbock? -exclamó burlescamente Stidmann-. ¿Por casualidad es un joven livonio que yo he tenido como discípulo? Pues sepa usted, señor, que es un gran artista. Dicen que yo me creo el diablo; pues bien, ese pobre mozo ignora que puede convertirse en un dios.

-¡Ah! -dijo Rivet con satisfacción.

Después repuso:

-Aunque usted hable con cierta brusquedad a un hombre que tiene el honor de ser en el Tribunal del Sena...

-Dispensad, cónsul... -interrumpió Stidmann, llevándose el dorso de la mano a la frente.

-Me satisface mucho -continuó el juez- lo que usted acaba de decir. ¿De modo que ese muchacho podrá ganar dinero?...

-Evidentemente -dijo el viejo Chanor-; pero es preciso que trabaje; alguno hubiera reunido ya si se hubiese quedado en nuestra casa. ¿Qué quiere usted? Los artistas tienen horror a la dependencia.

-Porque tienen conciencia de su valer y de su dignidad -respondió Stidmann- Yo no critico a Wenceslao porque vaya solo, porque trate de hacerse un hombre y de llegar a ser un gran hombre, ¡está en su derecho! Sin embargo, ¡yo bien he perdido al abandonarme!

-He ahí -exclamó Rivet-, he ahí las pretensiones de los jóvenes al salir del huevo universitario... Pero ¿por qué no empiezan por crearse una renta, para después buscar la gloria?

-¡Porque recogiendo escudos se echan a perder las manos! -respondió Stidmann-. A la gloria le corresponde traernos la fortuna.

-¡Qué quiere usted! -dijo Chanor a Rivet-. No se les puede atar.

-¡Se comerían el ronzal! -replicó Stidmann.

-Todos estos señores -dijo Chanor, mirando a Stidmann- tienen tantas fantasías como talento. Derrochan atrocemente, tienen queridas, tiran el dinero por la ventana, nunca tienen tiempo para hacer sus trabajos, descuidan sus encargos; así se da el caso de que obreros que no valen lo que ellos se enriquecen. Después se quejan de los malos tiempos, mientras que si fuesen aplicados tendrían montes de oro...

-Anciano padre Lumignon -dijo Stidmann-, me hace usted el efecto de aquel librero de antes de la Revolución, que decía: «¡Ah! Si yo pudiese tener a Montesquieu, Voltaire y Rousseau, bien miserables, en mis manos, y guardar sus pantalones en una cómoda, ¡qué buenos libros me escribirían, con los que yo haría una fortuna!» Si se pudiesen forjar obras hermosas tan fácilmente como clavos, las harían los comisionistas... ¡Deme usted mil francos y cálese!

El sencillo Rivet volvió encantado a ver a la pobre señorita Fischer, que comía en su casa todos los lunes y a quien seguramente encontraría allí.

-Si puede usted hacerle trabajar -dijo- será usted más feliz que juiciosa, siendo reembolsada en sus intereses, en sus gastos y en su capital. Ese polaco tiene talento y puede ganarse la vida; pero enciérrele sus pantalones y sus zapatos, impídale usted ir a la Cabaña y al barrio de Nuestra Señora de Loreto, téngale atado. Sin estas precauciones su escultor callejeará, y usted no sabe lo que los artistas llaman callejear... ¡Qué horrores! Acabo de saber que un billete de mil francos se les va en un solo día.

Este episodio ejerció una influencia terrible en la vida interior de Wenceslao y de Sabela. La bienhechora mojó el pan del desterrado en el ajenjo de los reproches cuando vio comprometidos sus ahorros y los creyó perdidos. La buena madre se convirtió en una madrastra, amonestó a aquel pobre muchacho, lo torturó, reprochándole porque no trabajaba bastante aprisa y por haber escogido una profesión difícil. No podía creer que los modelos en cera roja, las figuritas, los proyectos de ornamentos, los ensayos pudiesen tener valor. Pronto, arrepentida de sus durezas, trataba de borrar sus huellas con cuidados, con dulzuras y con atenciones. El pobre muchacho, después de haberse lamentado por encontrarse bajo la dependencia de aquella furia y bajo el dominio de una aldeana de los Vosgos, estaba maravillado de los mimos y de aquella solicitud maternal, enamorada únicamente de lo físico, de lo material de la vida. El polaco obró como una mujer que perdona los malos tratamientos de una semana a causa de las caricias de una fugitiva reconciliación. De este modo la señorita Fischer tuvo sobre aquella alma un imperio absoluto. El amor del dominio, que existía en germen en aquel corazón de solterona, se desarrolló rápidamente. Pudo satisfacer su orgullo y su necesidad de acción: ¿no tenía una criatura suya a quien reñir, a quien dirigir, a quien adular y a quien hacer feliz sin temor a ninguna rivalidad? Lo bueno y lo malo de su carácter se ejercieron, pues, por partes iguales. Si a veces martirizaba al pobre artista, tenía en cambio delicadezas semejantes a la gracia de las flores campestres; Wenceslao estaba seguro de que ella gozaba viendo que nada le faltaba y que hubiese dado la vida por él. Como todas las damas hermosas, el pobre muchacho olvidaba el mal y los defectos de aquella muchacha que, por otra parte, le había contado su vida para excusar su carácter salvaje, y nunca recordaba más que los beneficios. Un día la solterona, desesperada porque Wenceslao se había ido a paseo en lugar de trabajar, le armó un escándalo.

-Usted me pertenece -le dijo- Si es usted hombre honrado debe procurar devolverme cuanto antes lo que me debe.

El hidalgo, que sintió encenderse en él la sangre de los Steinbock, se puso pálido.

-¡Dios mío! -dijo ella- Muy pronto nos veremos reducidos a los seis reales que gano yo, una pobre mujer.

Los dos indigentes, irritados por el duelo de la disputa, se animaron uno contra otro; y entonces el pobre artista reprochó por primera vez a su bienhechora el haberle arrancado de la muerte- para darle una vida de forzado, peor que la nada, donde al menos se descansaba -dijo-. Y le habló de huir.

-¡Huir! -exclamó la solterona- ¡Ah! El señor Rivet tenía razón.

Y le explicó al polaco cómo en veinticuatro horas podía hacer que le encarcelasen para el resto de sus días. Aquello fue un mazazo. Steinbock sumiose en una negra melancolía y en un mutismo absoluto. Al día siguiente, por la noche, Sabela oyó preparativos de suicidio en el cuarto de su protegido, se apresuró a subir y entregole la letra y un recibo en regla.

-¡Tenga usted, hijo mío, perdóneme! -le dijo con los ojos húmedos-. Sea feliz, déjeme; yo le atormento demasiado; pero dígame que pensará alguna vez en la pobre muchacha que le puso en situación de ganarse la vida. ¡Qué quiere! Usted es la causa de mis maldades; yo puedo morir, ¿y qué sería de usted sin mí?... He aquí la razón de la impaciencia que tengo por verle fabricar objetos que puedan venderse. Yo no le pido mi dinero por mí, quite de ahí. Tengo miedo a esa pereza que usted llama meditación, de sus concepciones, que le roban tantas horas durante las cuales pasa usted el tiempo mirando al techo, y quisiera que hubiese usted contraído la costumbre del trabajo.

Aquellas palabras fueron dichas con un acento, con una mirada y con una actitud, y acompañadas de tantas lágrimas, que conmovieron al artista, el cual cogió a su bienhechora, la estrechó contra su corazón y la besó en la frente.

-Guardé usted esos documentos -le respondió con una especie de alegría-. ¿Para qué me ha de meter usted en Clichy? ¿No estoy aquí aprisionado por el agradecimiento?

Este episodio de su vida común y secreta, ocurrido seis meses antes, había hecho producir a Wenceslao tres cosas: el sello que guardaba Hortensia, el grupo expuesto en casa del anticuario y un admirable reloj que acababa en aquel momento, pues estaba revisando los últimos detalles del modelo.

Aquel reloj representaba las doce horas, admirablemente caracterizadas por doce figuras de mujer arrastradas en una danza tan loca y tan rápida, que tres amores, subidos sobre un montón de flores y de frutas, no podían detener a su paso más que a la hora de las doce de la noche, cuya clámide aparecía rota en las manos del amor más atrevido. Este asunto descansaba sobre un pedestal redondo, de admirable ornamentación, en el que se agitaban

animales fantásticos. La hora estaba indicada en una boca monstruosa que bostezaba, y cada hora era un símbolo afortunadamente imaginado que caracterizaba las ocupaciones habituales del día.

Ahora es fácil comprender la especie de apego extraordinario que la señorita Fischer había concebido por su livonio; deseaba verle feliz, viéndole, por el contrario, decaído y enervado en su guardilla. La lorenesa cuidaba a aquel niño con la ternura de una madre, con el celo de una mujer y con el ingenio de un dragón; así es que se arreglaba de modo que no pudiese hacer ninguna locura, ni ninguna calaverada, teniéndole siempre sin dinero. Hubiera querido conservar a su víctima y a su compañero para ella sola, juicioso como a la fuerza era, sin comprender la barbarie de aquel deseo insensato, pues ella habíase acostumbrado a todas las privaciones. Amaba lo bastante a Steinbock para no casarse con él y lo quería demasiado para cedérselo a otra mujer; no sabía resignarse a no ser más que madre y se sentía como loca cuando pensaba en representar otro papel. Estas contradicciones, aquellos celos feroces, aquella dicha de poseer a un hombre, todo influía poderosamente en el corazón de aquella solterona. Enamorada realmente desde hacía cuatro años, acariciaba la loca esperanza de hacer durar aquella vida inconsecuente y sin finalidad, cuya persistencia habría de causar la pérdida de aquel a quien llamaba su hijo. Esta lucha entre sus instintos y su razón la volvían injusta y tiránica. Vengábase en aquel muchacho de no ser joven, ni bella, ni rica; después de cada venganza reconocía sus culpas por sí misma y se entregaba a humillaciones y ternuras infinitas. No concebía el sacrificio por su ídolo hasta después de haberle hecho reconocer su poder a hachazos. Era aquello, en suma, la Tempestad, de Shakespeare, invertida: Calibán dueño de Ariel y de Próspero. En cuanto a este desgraciado joven, de pensamientos elevados, meditativo, inclinado a la pereza, dejaba ver en los ojos, como los leones enjaulados del Jardín de Plantas, el desierto que su protectora hacía en su alma. El trabajo forzado que Sabela exigía de él no satisfacía las necesidades de su corazón. Su aburrimiento se convertía en una enfermedad física, y moría sin poder pedir, sin saber procurarse el dinero a veces necesario para una locura. Durante ciertos días de energía, en que la sensación de su desgracia aumentaba su exasperación, miraba a Sabela como debe mirar las aguas salitrosas un viajero sediento que cruza una costa árida. Aquellos frutos amargos de la indigencia y de aquella reclusión en París eran saboreados por Sabela como placeres. Preveía también ella, con terror, que la más pequeña pasión podría privarle de su esclavo. A veces reprochábase, cuando obligaba con su tiranía y sus reproches a aquel poeta a convertirse en un gran escultor de pequeñeces, de haberle proporcionado los medios de poderse pasar sin ella.

Al día siguiente estas tres existencias, tan diversas y realmente miserables, la de una madre desesperada, la del matrimonio Marneffe y la del pobre desterrado, debían verse todas afectadas por la ingenua pasión de Hortensia y por el extraño desenlace que el barón iba a hallar en su desgraciada pasión por Josefa.

En el momento de entrar en la ópera, al consejero de Estado le sorprendió el aspecto un tanto sombrío del templo de la calle Lepelletier, donde no vio ni gendarmes, ni luces, ni criados, ni barreras para contener a la multitud. Miró el cartel y vio una tira blanca, en medio de la cual se leía esta frase sacramental: Suspendida por indisposición.

Inmediatamente se dirigió a casa de Josefa, que vivía en las cercanías, como todos los artistas de la ópera, en la calle Chauchat.

-Señor, ¿qué desea usted? -le dijo el portero, con gran asombro suyo.

-¿Ya no me conoce usted? -le respondió el barón con inquietud.

-Al contrario, señor; por lo mismo que tengo el honor de conocerle, le pregunto: ¿adónde va usted?

El barón sintió un estremecimiento mortal, que le dejó helado.

-Pues ¿qué ha ocurrido? -preguntó.

-Si el barón subiese a la habitación de la señorita Mirah se encontraría allí con la señorita Eloísa Brisetout y con los señores Bixiou, León de Lora, Lousteau, Vernisset, Stidmann y algunas mujeres llenas de pachulí que estrenan la casa.

-Pues ¿dónde está?...

-¿La señorita Mirah?... No sé si haré bien en decírselo a usted.

El barón deslizó dos monedas de cinco francos en la mano del portero.

-Pues bien; está ahora en la calle de la villa del Obispo, en un palacio que, según dicen, le ha regalado el duque de Herouville -respondió en voz baja el portero.

Después de haber preguntado el número de aquel palacio, el barón tomó un milord y se trasladó a dicha calle, deteniéndose ante una de esas bonitas casas modernas con puerta de dos hojas, cuyo lujo empieza a notarse ya en los mecheros del gas.

El barón, vestido con su levita de paño azul, corbata blanca, chaleco blanco, pantalón de mahón, botas de charol y mucho almidón en la pechera, ante los ojos del portero de aquel nuevo edén, pasó por un invitado que llegaba retrasado. Su prestancia, su manera de andar, todo en él justificaba aquella opinión.

Al toque de campana dado por el portero apareció un criado en el peristilo. Este criado, nuevo como el palacio, dejó entrar al barón, que le dijo con un tono de voz acompañado por un gesto imperial:

-Pase usted esta tarjeta a la señorita Josefa.

El patito miró maquinalmente la habitación en que se encontraba, y se vio en un salón de espera lleno de flores raras, cuyo mobiliario debía costar por lo menos cuatro mil duros. El criado volvió a poco, rogando al señor que entrase en el salón, aguardando allí a que se levantasen de la mesa para tomar el café.

Aunque el barón hubiese conocido el lujo del Imperio, que indudablemente fue uno de los más prodigiosos y cuyas creaciones, si no fueron durables, no dejaron de costar por eso sumas enormes, quedó como deslumbrado y aturdido en aquel salón cuyas tres ventanas daban a un jardín mágico, a uno de esos jardines hechos en un mes con tierras transportadas y flores trasplantadas y cuyos céspedes parecen obtenidos por procedimientos químicos. Admiró no sólo los detalles, los dorados, las esculturas más costosas del estilo llamado Pompadour, las telas maravillosas que el primer tendero enriquecido hubiese podido encargar y obtener a peso de oro, sino aquello que sólo los príncipes pueden escoger, encontrar, pagar y regalar; dos cuadros de Greuze y dos de Watteau, dos cabezas de Van Dick, dos paisajes de Ruysdael, dos de Guaspre, un Rembrandt y un Holbein, un Murillo y un Ticiano, dos Teniers y dos Metz, un Van Huysum y un Abraham Mignon; en fin, doscientos mil francos en cuadros, puestos en marcos admirables. Los marcos valían casi tanto como las telas.

-¡Ah! ¿Lo comprendes ahora, mi buen hombre? -le dijo Josefa.

Habiendo entrado de puntillas por una puerta secreta, caminando sobre alfombras de Persia, sorprendió a su adorador en uno de esos estados de estupefacción en que los oídos zumban de tal modo que no se oye nada más que el toque de agonía del desastre.

Aquella palabra de buen hombre, dirigida a un personaje de tanta categoría en la Administración y que pinta admirablemente la audacia con que esas criaturas amargan las más grandes existencias, dejó al barón clavado en su asiento. Josefa, vestida toda de blanco y amarillo, estaba tan bien adornada para aquella fiesta, que todavía podía brillar, en medio de aquel lujo insensato, como la joya más rara.

-¿No es verdad que es muy bonito? -repuso ella-. El duque ha empleado en esto todos los beneficios de un negocio en comandita, cuyas acciones se han vendido con alza. No es tonto mi duquesito, ¿verdad? No hay como los grandes señores de antaño para saber cambiar el carbón de piedra en oro. Antes de comer me ha traído el notario a firmar el contrato de adquisición de esta finca, hecho a mi nombre. Todos los que están ahí dentro son grandes señores: De Esgrignon Rastignac, Máximo, Lenoncourt, Verneuil, Laginski, Rochefide, la Palférine y los banqueros Nucingen y de Tillet, con Antonia, Málaga, Carabina y la Schontz, todos se han compadecido de ti. Sí, viejo mío, estás invitado, pero con una condición: que te has de beber en seguida el equivalente de dos botellas en vinos de Hungría, de Champaña y de Cap para que te pongas a su nivel. Querido mío, aquí todos están demasiado alegres para que no se suspendiera la función de la ópera. Mi director está borracho como una cuba.

-¡Oh, Josefa! -exclamó el barón.

-¡Qué estúpida es una explicación! -interrumpió ella, sonriendo- Vamos a ver, ¿vales tú los seiscientos mil francos que cuestan el palacio y el mobiliario? ¿Puedes tú traerme un título de treinta mil francos de renta, como el duque me ha traído, metido en un cucurucho de papel de los que encierran grageas los tenderos de comestibles?... ¡Ahí tienes una bonita idea!

-¡Qué perversidad! -dijo el consejero de Estado, que en un momento de rabia hubiera trocado los diamantes de su mujer para reemplazar al duque de Herouville durante veinticuatro horas.

-¡Mi oficio es ser perversa! -replicó ella- ¡Ah! ¡Vaya un modo que tienes de tomar la cosa! ¿Por qué no has inventado una comandita? ¡Dios mío! Pobre gatito teñido, ¡si deberías darme las gracias! Te abandono en el momento en que podías comerte conmigo el porvenir de tu mujer, la dote de tu hija y... ¡Ah! ¿Lloras?... ¡El Imperio se va!... Voy a saludar al Imperio.

Adoptó una postura trágica y dijo:

-¡Le llaman a usted Hulot! Pues ya no le conozco...

Y se fue.

La puerta, entreabierta, dejó pasar como un relámpago un chorro de luz del crescendo de la orgía y cargado con los olores de un festín de primer orden.

La cantante volvió a mirar por la puerta entreabierta y encontrando a Hulot plantado sobre sus pies como si hubiera sido de bronce, dio un paso hacia delante y volvió a aparecer.

-Caballero -dijo-, he cedido los guñapos de la calle Chauchat a la menuda Eloísa Brisetout de Bixiou; si quiere usted ir allí a reclamar su gorro de dormir, su calzador, su cinturón y cera de teñirse las patillas, ya de antemano he dado orden de que se los devolviesen.

Tan horrible burla dio por resultado el hacer salir al barón como debió salir Lot de Gomorra, pero sin volverse como la mujer.

Hulot volvió a su casa marchando furioso, hablando solo, y encontró a su familia jugando tranquilamente al whist, a diez céntimos ficha, tal como él les había visto empezar. Viendo a su marido, la pobre Adelina creyó en algún espantoso desastre, en un deshonor; entregó sus cartas a Hortensia y llevo a Héctor a aquel mismo saloncito donde cinco horas antes Crevel le predecía las más vergonzosas agonías de la miseria.

-¿Qué tienes? -dijo ella asustada.

-¡Oh, perdóname! Pero déjame contarte estas infamias.

Desahogó su rabia por espacio de diez minutos.

-Pero amigo mío -respondió heroicamente aquella pobre mujer-, semejantes criaturas no conocen el amor, ese amor puro y sincero que tú mereces. ¿Cómo has podido tú, que eres tan perspicaz, tener la pretensión de luchar con un millón?

-¡Querida Adelina! -exclamó el barón abrazando a su mujer y estrechándola contra su corazón.

La baronesa acababa de derramar un bálsamo sobre las sangrientas llagas del amor propio.

-Seguramente, entre nosotros dos, que se le quite la fortuna al duque de Herouville, y ella no dudaría -dijo el barón.

-Amigo mío -repuso Adelina, haciendo un último esfuerzo-, si no puedes pasarte sin queridas, ¿por qué no tomas, como Crevel, mujeres que no sean caras y de una clase que se sientan largo tiempo felices con poco? Con ello, todos saldríamos ganando. Concibo la necesidad, pero no comprendo la vanidad...

-¡Oh! ¡Qué buena y excelente mujer eres! -exclamó-. Yo soy un viejo loco, no merezco tener un ángel como tú por compañera.

-Yo soy sencillamente la Josefina de mi Napoleón -respondió ella con un tinte de melancolía.

-Josefina no te igualaba -dijo- Ven, voy a jugar al whist con mi hermano y mis hijos; es preciso que empiece a desempeñar mi oficio de padre de familia, que case a mi Hortensia y que entierre al libertino...

Aquella bondad conmovió tan fuerte a la pobre Adelina, que dijo:

-¡Qué mal gusto tiene esa criatura al preferir a quienquiera a mi Héctor! ¡Ah! Yo no te cedería por todo el oro del mundo. ¡Cómo es posible dejarte cuando se tiene la dicha de ser amada por ti!

La mirada con que el barón recompensó el fanatismo de su mujer la confirmó en la opinión de que la dulzura y la sumisión eran las más poderosas armas de la mujer. En esto se equivocaba. Los sentimientos nobles llevados a lo absoluto producen resultados semejantes a los de los más grandes vicios. Bonaparte llegó a ser emperador por haber ametrallado al pueblo a dos pasos del sitio en donde Luis XVI perdió la monarquía y la cabeza por no haber dejado derramar la sangre de un señor Sauce...

Al día siguiente, Hortensia, que puso el sello de Wenceslao debajo de su almohada para no separarse de él mientras dormía, se vistió muy temprano y mandó decir a su padre le rogaba fuese al jardín en cuanto se hubiera levantado.

A eso de las nueve y media, el padre, condescendiendo a la petición de su hija, dábale el brazo e iban juntos a lo largo de los muelles, por el puente Real, en la plaza del Carrousel.

-Hagamos como que estamos paseando, papá -dijo Hortensia, desembocando por el postigo para atravesar aquella inmensa plaza.

-¿Pasear por aquí? -dijo burlesco el padre.

-Finjamos que vamos al Museo y allá lejos -dijo ella, mostrando las barracas adosadas a las paredes de las casas que forman ángulo recto con la calle del Deanato-. Mira, allá hay anticuarios.

-Allí vive tu prima.

-Ya lo sé; pero es preciso que ella no nos vea...

-¿Y qué quieres hacer? -dijo el barón, estando a unos treinta pasos de las ventanas de la señora Marneffe, en la que pensó de improvisar.

Hortensia había llevado a su padre ante el escaparate de una de esas tiendas situadas en el ángulo de la manzana de casas que se extiende a lo largo de las galerías del viejo Louvre y que hace frente al palacio de Nantes. La joven entró en aquella tienda; su padre se quedó fuera, ocupado en mirar las ventanas de la bonita mujer que la víspera había dejado impresa su imagen en el corazón del viejo buen mozo, como para calmar la herida que iba a recibir, y no pudo evitar el poner en práctica el consejo de su mujer.

-Dejémosnos caer sobre las pequeñas burguesas -se dijo, recordando las adorables perfecciones de la señora Marneffe-. Esa mujercita me hará olvidar pronto a la ambiciosa Josefa.

He aquí lo que pasó simultáneamente dentro y fuera de la tienda.

Examinando las ventanas de su nueva amada, el barón vio al marido que, al mismo tiempo que se cepillaba la levita, estaba en acecho y parecía esperar a alguien en la plaza. Temiendo ser descubierto y reconocido más tarde, el enamorado barón volvió la espalda a la calle del Deanato, pero poniéndose de perfil, a fin de poder lanzar una ojeada de cuando en cuando. Este movimiento hizo que se diera casi de cara con la señora Marneffe que, viniendo de los muelles, doblaba el promontorio de las casas para dirigirse a la suya. Valeria sintió como una conmoción al recibir la asombrada mirada del barón y le contestó con una ojeada de gazmoña.

-¡Bonita mujer -exclamó el barón-, por la que haría yo muchas locuras!

-¡Eh!, caballero -le respondió, volviéndose como una mujer que adopta una resolución violenta-, es usted el barón de Hulot, ¿verdad?

El barón, cada vez más estupefacto, hizo un gesto afirmativo.

-Pues bien; puesto que la casualidad ha hecho que nos encontremos dos veces y que yo tenga la suerte de intrigarle o interesarle, le diré que en lugar de hacer locuras debiera usted hacer justicia... La suerte de mi marido depende de usted.

-¿Cómo es eso? -preguntó galantemente el barón.

-Es un empleado de su dirección, en el Ministerio de la Guerra, división del señor Lebrun, despacho del señor Coquet -respondió ella, sonriendo.

-Yo estoy dispuesto, señora... señora...

-Señora Marneffe.

-Mi querida señora Marneffe, a hacer injusticias por sus hermosos ojos... Tengo una prima que vive en su misma casa, y un día de estos iré a verla, lo más pronto posible... Entonces puede usted hacerme su petición.

-Dispense mi audacia, señor barón; pero ya comprenderá que cuando me he atrevido a hablarle de este modo es porque estoy sin protección.

-¡Ah! ¡Ah!

-¡Oh, caballero! Usted se equivoca -dijo ella, bajando los ojos.

El barón creyó que el Sol acababa de desaparecer.

-Estoy desesperada, pero soy una mujer honrada -repuso ella-. Hace seis meses que he perdido a mi único protector, el mariscal Montcornet.

-¡Ah! ¿Es usted su hija?

-Sí, señor, pero no me ha reconocido nunca.

-Con el fin de poderle dejar una parte de su fortuna.

-No me ha dejado nada, señor, porque no se ha encontrado ningún testamento.

-¡Oh, pobrecilla! El mariscal viose sorprendido por la apoplejía... Vamos, aguarde usted, señora; algo se debe hacer por la hija de uno de los caballeros boyardos del Imperio.

La señora Marneffe saludó graciosamente y se sintió tan satisfecha de su éxito como el barón lo estaba del suyo.

-¿De dónde diablos vendrá tan temprano? -se preguntó, analizando el movimiento onduloso de la bata, a la que imprimía una gracia quizá exagerada-. Tiene el rostro demasiado fatigado para venir del baño, y su marido la espera. Es inexplicable y me da mucho que pensar.

Una vez que la señora Marneffe hubo desaparecido, el barón quiso saber lo que su hija hacía en la tienda. Al entrar en ella, como siguiese mirando a las ventanas de la señora Marneffe, estuvo a punto de tropezar con un joven de frente pálida y ojos grises y chispeantes, vestido con un gabán de verano de merino negro, pantalón de cutí y borceguíes

de cuero amarillo, que salía como un atolondrado, y lo vio correr hacia la casa de la señora Marneffe, donde entró. Al meterse en la tienda, Hortensia había visto al instante en ella el famoso grupo colocado sobre una mesa que había a la entrada de la puerta.

Sin las circunstancias a que ella debía su conocimiento, aquella obra maestra hubiese indudablemente sorprendido a la joven, por lo que es preciso llamar el brío de las cosas grandes, ella que seguramente hubiera podido servir en Italia de modelo para la estatua del Brío.

Todas las obras de los genios no poseen en el mismo grado ese brillo, ese esplendor visible para todos los ojos, aun para los de los ignorantes. Así, ciertos cuadros de Rafael, tales como la célebre Transfiguración, la Madona de Foligno, los frescos de los Stanze, en el Vaticano, no causarán de pronto la admiración como el Violinista de la galería Sciarra, los retratos de los Doni y la Visión de Ezequiel, de la galería Pitti; el Cristo con la cruz a cuestas, de la galería Borghese; el Matrimonio de la Virgen, del Museo Brera, en Milán; el San Juan Bautista, de la tribuna, y San Lucas peinando a la Virgen, en la Academia de Roma, no tiene el encanto del retrato de León X y de la Virgen de Dresde. Sin embargo, todo es del mismo valor. Hay más. Los Stanze, la Transfiguración, los camafeos y los tres cuadros de caballete del Vaticano son el último grado de lo sublime y de la perfección. Pero estas obras maestras exigen por parte del admirador más instruido una especie de tensión, un estudio para ser comprendidas en todas sus partes; mientras que el Violinista, el Matrimonio de la Virgen y la Visión de Ezequiel penetran por sí mismas en el corazón por la doble puerta de los ojos, y en él se hacen lugar, gústale a todo el mundo recibirlas así, sin ningún trabajo; eso, si no es el colmo del arte, es su mayor fortuna. Este hecho prueba que existen en la generación de las obras artísticas los mismos azares que en las familias, donde hay hijos felizmente dotados que nacen guapos y sin causar daño a sus madres, a los que todo sonrío, a los que todo les sabe bien; en una palabra, que hay flores del genio como las flores del amor.

Este brío, palabra italiana intraducible y que comenzamos a emplear, es el carácter de las primeras obras. Es el fruto de la petulancia y de la intrépida fogosidad del talento joven, petulancia que se vuelve a encontrar más tarde en ciertas horas afortunadas; pero ese brío no sale ya entonces del corazón del artista, y en lugar de derramarlo sobre sus obras como un volcán, lanza sus fuegos, lo sufre, lo debe a las circunstancias, al amor, a la rivalidad, a menudo al odio, y más aún a los imperiosos mandatos de una gloria que tiene que sostener.

El grupo de Wenceslao era con respecto a sus obras futuras lo que el Matrimonio de la Virgen a la obra total de Rafael: el primer paso del talento dado con una gracia inimitable, con la vivacidad de la infancia y su amable plenitud, con su fuerza oculta bajo carnes rosadas y blancas, hundidas por hoyuelos que parecen formar ecos a las risas de la madre. Dícese que el príncipe Eugenio ha pagado cuatrocientos mil francos por ese cuadro, que valdría un millón para un país privado de obras de Rafael, y, sin embargo, no darían nunca esta suma por el más hermoso de los frescos, cuyo valor, no obstante, es muy superior como arte.

Hortensia contuvo su admiración pensando en la suma de sus economías de muchacha soltera y, adoptando un aire indiferente, le preguntó al comerciante:

-¿Qué precio tiene eso?

-Mil quinientos francos -respondió el comerciante, dirigiendo una mirada a un joven sentado en un taburete de un rincón.

Aquel joven quedose alhelado viendo a la viviente obra maestra del barón Hulot. Hortensia, prevenida por aquella mirada, reconoció entonces al artista por el rubor que cubrió su rostro, pálido por el sufrimiento, vio relucir en dos ojos grises un resplandor encendido por su pregunta, contempló aquella figura delgada y larga como la de un monje sumido en el ascetismo y adoró aquella boca rosada y bien dibujada, la fina barbilla y los cabellos castaños y sedosos del eslavo.

-Si lo diese usted por mil doscientos francos -respondió ella- le diría que me lo enviase.

-Es antiguo, señorita -hizo observar el comerciante, que, a semejanza de todos sus colegas, creía haberlo dicho todo con aquel non plus ultra del baratillo.

-Dispéñeme usted, señor, está hecho este año -respondió ella con dulzura-, y precisamente vengo para rogarle que, si aceptan ese precio, nos envíe al artista, pues tal vez le procuraríamos trabajos bastante importantes.

-Si los mil doscientos francos son para él, ¿qué me quedará a mí? Yo soy comerciante -dijo el tendero con sencillez.

-¡Ah! Es verdad -replicó la joven, dejando escapar cierta expresión de desdén.

-¡Ah! Señorita, lléveselo usted; yo me entenderé con el comerciante -exclamó el livonio fuera de sí.

Fascinado por la sublime belleza de Hortensia y por el amor hacia las artes que en ella se manifestaba, añadió:

-Yo soy el autor del grupo; hace diez días que vengo tres veces al día para ver si alguien reconoce su valor y lo compra. ¡Usted es mi primera admiradora; lléveselo!

-Caballero venga usted con el comerciante dentro de una hora... Aquí está la tarjeta de mi padre -respondió Hortensia.

Después, viendo al comerciante internarse en la trastienda para envolver el grupo en un paño, agregó en voz baja, con gran asombro del artista, que creyó soñar:

-Por interés de su porvenir, don Wenceslao, no enseñe usted esa tarjeta ni diga el nombre del comprador a la señorita Fischer, porque es prima nuestra.

Estas palabras «prima nuestra» produjeron un desvanecimiento en el artista, el cual entrevió el paraíso viendo en él a una de sus Evas caídas. Soñaba con la hermosa prima de que Sabela le había hablado, tanto como Hortensia soñaba con el novio de su prima y, cuando la vio entrar, se había dicho:

¡Ah!, ¡Si pudiese ser así!

Ya se comprenderá la mirada que los dos amantes cambiaron entre sí. Fue un volcán, pues los enamorados virtuosos no emplean la menor hipocresía.

-Pero ¿qué diablos haces ahí dentro? -preguntó el padre a su hija.

-He gastado mis mil doscientos francos de economías. Ven.

Y volvió a cogerse del brazo de su padre, que repitió:

-¡Mil doscientos francos!

-Y hasta mil trescientos...; pero tú me prestarás la diferencia.

-¿Y en qué has podido gastar esa suma en esta tienda?

-¡Ah! Ahí tienes -respondió la feliz joven-. Si he encontrado un marido, no será caro.

-Hija mía, ¿un marido en esa tienda?

-Escucha, padrecito, ¿me prohibirías casarme con un gran artista?

-No, hija mía. Hoy un gran artista es un príncipe sin título. Es la gloria y la fortuna, las dos ventajas sociales más grandes, después de la virtud -añadió con tono ligeramente gazmoño.

-Entendido -respondió Hortensia-. ¿Y qué piensas de la escultura?

-Que es un mal partido -dijo Hulot, moviendo la cabeza- Se necesitan grandes protectores, además de un gran talento, pues el Gobierno es el único consumidor.

Hoy que no hay grandes existencias, ni grandes fortunas, ni palacios sustituidos, ni mayorazgos, la escultura es un arte sin salida. No se venden más que cuadritos, figuritas... Así es como las artes se ven amenazadas por el diminutivo.

-¿Pero un gran artista que tuviese aceptación?... -repuso Hortensia.

-Es la solución del problema.

-¿Y que fuese apoyado?

-¡Todavía mejor!

-¿Y noble?

-¡Bah!

-¿Conde?

-¿Y esculpe?

-No tiene fortuna.

-¿Y cuenta con la de la señorita Hulot? -dijo irónicamente el barón, dirigiendo una mirada inquisitorial a su hija.

-Ese gran artista, conde y que esculpe, acaba de ver a tu hija por primera vez en su vida y durante cinco minutos, señor barón -respondió Hortensia a su padre con aire tranquilo-. Ayer, ya ves, mientras tú estabas en la Cámara, mamá se desmayó. Este desmayo, que ella atribuyó a sus nervios, provenía de algún disgusto relativo a mi abortado matrimonio, pues ella me ha dicho que, para desembarazarse ustedes de mí...

-Te quiere demasiado para haberse expresado de ese modo...

-Poco parlamentario -repuso Hortensia riendo--; no, no se expresó de ese modo, pero yo sé que una joven casadera que no se casa es una cruz muy pesada para que la lleven unos padres honrados. Pues bien; ella piensa que si se presentase un hombre de energía y de talento a quien bastase una dote de treinta mil francos todos seríamos felices. En fin, ella juzgaba conveniente prepararse para la modestia de mi suerte futura y privarme de que me entregase a sueños demasiado hermosos..., lo cual significa la ruptura de mi matrimonio y que no hay dote.

-Tu madre es una buena, noble y excelente mujer -respondió el padre profundamente humillado, aunque bastante feliz por aquella confidencia.

-Ayer me dijo que usted le autorizaba vender sus diamantes para casarme; pero yo quisiera que ella guardase sus diamantes y además quisiera encontrar un marido. Creo haber encontrado al hombre, al pretendiente que responde al programa de mamá...

-¡Aquí! ¡En la plaza del Carrousel!... ¡En una mañana!

-¡Oh, papá! El mal viene de más lejos -respondió ella maliciosamente.

-Pues bien, veamos, hijita mía, contémoslo todo a nuestro buen papá -dijo Hulot con aire malicioso, ocultando sus inquietudes.

Bajo la promesa de un secreto absoluto, Hortensia le contó el resumen de sus conversaciones con la prima Bela. Después, al volver a casa, enseñó a su padre el famoso sello como prueba de la sagacidad de sus conjeturas. El padre admiró en su fuero interno la profunda destreza de las jóvenes movidas por el instinto, reconociendo la sencillez del plan que aquel amor ideal había sugerido en una noche a aquella inocente joven.

-Vas a ver la obra maestra que acabo de comprar; van a traerla, y el querido Wenceslao acompañará al comerciante... El autor de un grupo así tiene que hacer fortuna; pero obtén para él, por medio de tu influencia, el encargo de hacer una estatua y después una plaza en el Instituto.

-¡Qué aprisa vas! -exclamó el padre-. Si os dejasen hacer a vosotras, os casaríais en el plazo legal, dentro de once días...

-¿Se espera once días? -respondió ella, riendo-. Pues le he amado en cinco minutos, como amaste tú a mamá al verla, y él me quiere como si nos conociésemos desde hace dos años. Sí -dijo ella, respondiendo a un gesto de su padre, he leído diez volúmenes de amor en sus ojos. ¿Y no será aceptado por usted y por mamá como marido mío cuando haya demostrado que es un hombre de genio? ¡La escultura es la primera de las artes! -exclamó ella, batiendo palmas y saltando-. Mira, voy a contártelo todo...

-¿Aún hay, pues, algo más? -preguntó el padre, sonriendo.

Aquella inocencia completa y parlanchina había tranquilizado del todo al barón.

-Una confesión de la menor importancia -respondió ella-. Le amaba sin conocerle, pero estoy loca por él desde hace una hora que le he visto.

-Un poco demasiado loca -respondió el barón, a quien el espectáculo de aquella ingenua pasión alegraba.

-No me castigues por mi confianza -repuso ella-. Resulta tan agradable poder gritar al corazón de su padre:

«¡Amo y soy feliz amando!» ¡Ahora verás a mi Wenceslao! ¡Qué frente llena de melancolía!... ¡Qué ojos grises, en los que brilla el sol del genio!... ¡Y qué distinguido es! ¿Qué crees tú, es un país hermoso la Livonia? ¡Casarse mi prima Bela con ese hermoso joven, ella que podría ser su madre! ¡Esto sería un crimen! ¡Qué celosa estoy de lo que ha debido hacer por él! Me figuro que no verá con gusto mi casamiento.

-Mira, ángel mío, no le ocultemos nada a tu madre -dijo el barón.

-Tendríamos que enseñarle este sello, y he prometido no descubrir a mi prima que, según dice, tiene miedo a las bromas de mamá -respondió Hortensia.

-¿Tienes escrúpulos por lo del sello y, sin embargo, le robas el novio a tu prima Bela?

-He hecho una promesa por el sello, pero no he prometido nada por su autor.

Esta aventura, de una sencillez patriarcal, convenía singularmente a la situación secreta de aquella familia; de modo que el barón, al mismo tiempo que alababa a su hija por su confianza, le dijo que en adelante tenía que ponerlo todo en manos de sus padres.

-Ya comprendes, hija mía, que no eres tú la que tiene que asegurarse de si el novio de tu prima es conde, si tiene los papeles en regla y si su conducta ofrece garantías. En cuanto a tu prima, rechazó cinco partidos cuando tenía veinte años menos, y no será un obstáculo; yo me encargo de ello.

-Escuche usted, padre mío; si quieren verme casada, no hablen a mi prima de nuestro enamorado más que en el momento de firmar mi contrato de matrimonio... Desde hace seis meses le hago preguntas respecto a ese punto... Pues bien; ¡hay algo inexplicable en ella!...

-¿Qué? -dijo el padre, intrigado.

-En fin, sus miradas no son buenas cuando voy demasiado lejos, aunque lo haga en broma, respecto de su novio, Tome sus informes; pero déjeme a mí dirigir mi barca. Mi confianza debe tranquilizarle a usted.

-El Señor ha dicho: «¡Dejad que los niños se acerquen a mí!», y tú eres uno de ellos que vuelven -respondió el barón con ligero tono irónico.

Después del almuerzo anunciaron al comerciante, al artista y al grupo. El súbito rubor que coloreó el rostro de su hija puso al principio inquieta a la baronesa y después atenta, y la confusión de Hortensia y el fuego de sus miradas le revelaron pronto el misterio, tan mal oculto en aquel joven corazón.

El conde de Steinbock, vestido de negro, pareció al barón un joven muy distinguido.

-¿Haría usted una estatua en bronce? -le preguntó, teniendo en las manos el grupo.

Después de haberlo admirado sinceramente, el barón pasó el bronce a su mujer, la cual no entendía ni jota de escultura.

-¿Verdad, mamá, que es muy hermoso? -dijo Hortensia a su madre al oído.

-¡Una estatua!... Señor barón, no es tan difícil de hacer como adornar un reloj como el que ve usted y que el señor ha tenido la complacencia de traer -respondió el artista a la pregunta del barón.

El comerciante estaba ocupado en colocar sobre el armario del comedor el modelo de las doce horas, que los amores tratan de detener.

-Déjeme ese reloj -dijo el barón, estupefacto ante la belleza de aquella obra- Quiero enseñarlo a los ministros del Interior y del Comercio.

-¿Quién es ese joven que tanto te interesa? -preguntó la baronesa a su hija.

-Un artista bastante rico para explotar ese modelo; podría ganar con él cien mil francos - dijo el anticuario, que adoptó un aire capaz y misterioso al ver la armonía de las miradas entre la joven y el artista-. Basta con vender veinte ejemplares a ocho mil francos, pues cada ejemplar costaría alrededor de unos mil escudos de trabajo; pero numerando cada ejemplar y destruyendo el modelo, seguramente que se encontrarán veinte aficionados de ser los únicos poseedores de esa obra.

-¡Cien mil francos! -exclamó Steinbock, mirando alternativamente al comerciante, a Hortensia, al barón y a la baronesa.

-Sí, cien mil francos -repitió el comerciante- Y si yo fuese bastante rico se lo comprarla por veinte mil, pues destruyendo el modelo se convierte en una propiedad. Un príncipe pagaría por esa obra treinta o cuarenta mil francos y adornaría con ella su salón. No se ha hecho nunca, en arte, un reloj que satisfaga a la vez a los burgueses y a los conocedores, y ese que está ahí, señor, es la solución de esta dificultad...

-Aquí tiene, para usted, señor -dijo Hortensia, entregando seis monedas de oro al comerciante, que se retiró.

-No diga usted nada a nadie de esta visita -fue a decirle el artista al comerciante en el umbral de la puerta- Si le preguntasen dónde hemos llevado el grupo, nombre al duque de Herouville, el célebre aficionado que vive en la calle de Varenne.

El comerciante alzó la cabeza en señal de asentimiento.

-¿Cómo se llama usted? -preguntó el barón al artista cuando éste volvió.

-El conde Steinbock.

-¿Tiene usted los papeles que prueban quién es?

-Sí, señor barón- están en lengua rusa y alemana, pero sin legalizar.

-¿Se siente usted con fuerzas para hacer una estatua de nueve pies?

-Sí, señor.

-Pues bien; si las personas a quien voy a consultar están contentas de sus obras, puedo obtener para usted el encargo de hacer la estatua del mariscal Montcornet, que quieren erigir en el Père Lachaise, sobre su tumba. El Ministerio de la Guerra y los antiguos oficiales de la guardia imperial dan una suma bastante importante para que tengamos derecho a escoger el artista.

-¡Oh, señor! ¡Sería mi fortuna! -dijo Steinbock, que permaneció estupefacto al ver tantas felicidades a la vez.

-Esté usted tranquilo -respondió graciosamente el barón- Si a los dos ministros a quien voy a enseñar el grupo de usted y ese modelo les gustan estas dos obras, su fortuna está en buen camino.

Hortensia estrechaba el brazo de su padre hasta hacerle daño.

-Tráigame sus papeles y no diga nada de sus esperanzas a nadie, ni siquiera a nuestra prima Bela.

-¿Sabela? -exclamó la señora Hulot, acabando de comprender el fin, sin adivinar los medios.

-Puedo darle prueba de mi saber haciendo el busto de la señora... -añadió Wenceslao.

Admirado de la belleza de la señora Hulot, hacía un momento que el artista comparaba a la madre con la hija.

-Vamos, señor, la vida puede convertirse en hermosa para usted -dijo el barón, completamente seducido por el exterior fino y distinguido del conde Steinbock-. Pronto sabrá usted que nadie tiene mucho tiempo e impunemente talento en París, y que todo trabajo constante encuentra aquí recompensa.

Hortensia, ruborosa, alargó al joven una bonita bolsa argelina que contenía sesenta monedas de oro. El artista, siempre algo hidalgo, respondió al rubor de Hortensia con un color de pudor bastante fácil de interpretar.

-¿Es éste, por casualidad, el primer dinero que recibe usted por sus trabajos? -preguntó la baronesa.

-Sí, señora, por mis trabajos de arte; pero no por mis penas, pues he trabajado como obrero.

-Bien; esperamos que el dinero de mi hija le dará suerte -respondió la señora de Hulot.

-Y cójalo sin escrúpulos -añadió el barón, al ver que Wenceslao tenía la bolsa en la mano sin cerrarla-. Esta suma está reembolsada por algún gran señor, tal vez por un príncipe, que nos la devolverá seguramente con usura, para poseer esta hermosa obra.

-¡Oh! ¡La aprecio demasiado, papá, para cederla a nadie, aunque sea a un príncipe real!

-Puedo hacer para la señorita otro grupo más bonito que ése...

-Ya no sería éste -respondió ella.

Y como avergonzada de haber dicho demasiado se fue al jardín.

-¡Voy a romper el molde y el modelo apenas vuelva a casa! -dijo Steinbock.

-¡Vamos, tráigame sus papeles, y pronto oirá usted hablar de mí si responde a todo lo que yo espero de usted, señor!

Al oír aquella frase, el artista se vio obligado a marcharse. Después de haber saludado a la señora de Hulot y a Hortensia, que volvió expresamente del jardín para despedirse, fue a pasearse por las Tullerías, sin poder, sin atreverse a entrar en su guardilla, donde su tirano iba a acosarle a preguntas y a arrancarle su secreto.

El enamorado de Hortensia imaginaba grupos de estatuas a cientos; se sentía con fuerza para cortar él mismo el mármol, como Canova, el cual, débil como él, estuvo a punto de morir. Estaba transfigurado por Hortensia, convertida para él en la inspiración visible.

-¿Ésas tenemos? -dijo la baronesa a su hija-. ¿Qué es lo que significa esto?

-Pues bien, querida mamá, acabas de ver al novio de nuestra prima Bela, que espero sea ahora el mío... Pero cierra los ojos, hazte la ignorante. ¡Dios mío! Yo que quería ocultártelo todo y voy a decírtelo todo.

-Vamos, adiós, hijas mías -dijo el barón a su hija y a su mujer-, tal vez vaya a ver a la Cabra, y sabré por ella muchas cosas de ese joven.

-Papá, sé prudente -repitió Hortensia.

-¡Oh! ¡Hijita mía! -exclamó la baronesa cuando Hortensia hubo acabado de contarle su poema, cuyo último canto era la aventura de aquella mañana-. ¡Hijita mía, lo más astuto de la Tierra será siempre la Ingenuidad!

Las pasiones verdaderas tienen su instinto. Poned un goloso en situación de poder coger una fruta de un plato y veréis cómo no se engaña y cogerá, hasta sin ver, la mejor. Del mismo modo dejad a las jóvenes bien educadas la elección absoluta de sus maridos, y si están en situación de tener los que ellas designen se equivocarán rara vez. La Naturaleza es infalible. La obra de la Naturaleza, en esta materia, se llama amar a primera vista. En amor, la primera vista es sencillamente la segunda vista.

El contento de la baronesa, aunque oculto bajo la dignidad materna, igualada al de su hija, pues de las tres maneras de casar a Hortensia de que había hablado Crevel, la mejor, a pesar suyo, parecía deber realizarse. Vio en aquella aventura una respuesta de la Providencia a sus fervientes plegarias.

El forzado de la señorita Fischer, obligado, no obstante, a entrar en su alojamiento, tuvo la idea de ocultar la alegría del enamorado bajo la alegría del artista, feliz por su primer éxito.

-¡Victoria! Mi grupo está vendido al duque de Herouville, que va a darme trabajo -dijo, tirando los mil doscientos francos en oro sobre la mesa de la solterona.

Como podrán suponer, había cerrado la bolsa de Hortensia y la tenía sobre su corazón.

-Está bien -respondió Sabela-; es una dicha, pues yo me consumía trabajando. Ya ve usted, hijo mío, que el dinero se gana muy lentamente en el oficio que ha tomado usted, pues éste es el primero que recibe y pronto hará cinco años que trabaja. Esta suma apenas si basta para reembolsarme de lo que usted me ha costado desde la letra de cambio que reemplaza a mis economías. Pero esté usted tranquilo -añadió después de haber contado el dinero-; toda esta suma la gastará usted. Con esto tenemos la vida asegurada para un año; en un año, si continúa usted así, puede empazarse conmigo y tener una buena suma suya.

Al ver el éxito de su astucia, Wenceslao contó mil mentiras a la solterona acerca del duque de Herouville.

-Quiero que se vista usted todo de negro, a la moda, y que renueve usted su ropa blanca, pues debe usted presentarse bien vestido en casa de sus protectores -respondió Sabela-. Además, necesitará usted una habitación más grande y más decente que su horrible guardilla y tendrá que amueblarla bien. ¡Qué contento está usted! Ya no es usted el mismo -añadió, examinando a Wenceslao.

-Han dicho que mi grupo es una obra maestra.

-Pues bien, tanto mejor. Haga otros -replicó aquella solterona, que estaba solamente por lo positivo y que era incapaz de comprender la alegría del triunfo o la belleza en las artes-. No se preocupe ya de lo que está vendido; fabrique alguna otra cosa para vender. Ha gastado usted doscientos francos, sin contar su trabajo y su tiempo, en ese diablo de Sansón. Su reloj le costará hacerlo más de dos mil francos. Mire, si quiere usted creerme, debería terminar esos dos muchachitos coronando a la joven con claveles; eso seducirla a los parisienses. Yo voy a pasar por casa del señor Graff, el sastre, antes de ir a casa del señor Crevel... Suba usted a su casa, déjeme vestir.

Al día siguiente, el barón, que estaba loco por la señora Marneffe, fue a ver a su prima Bela, la cual quedó estupefacta al abrir la puerta y verle ante ella, pues nunca había ido a hacerle ninguna visita, y se dijo: «¿Tendrá Hortensia envidia de mi novio?» Pues la solterona había sabido la víspera, en casa del señor Crevel, la ruptura del matrimonio con el consejero de la Corona.

-Cómo, primo mío, ¿usted aquí? Viene usted a verme por primera vez en su vida, y seguramente que no es por mis hermosos ojos.

-¡Hermosos! Es verdad -replicó el barón-; tienes los ojos más hermosos que he visto...

-¿A qué viene usted? Mire, estoy avergonzada de recibirle en semejante chiribitil.

La primera de las dos piezas de que se componía la habitación de la prima Bela le servía a la vez de salón, de comedor, de cocina y de taller. Los muebles eran como los de las casas de obreros acomodados: sillas de nogal, rellenas de paja; una mesita para comer, de nogal; una mesa para trabajar, grabados iluminados en marcos de madera ennegrecida, cortinas de muselina en las ventanas, un gran armario de nogal, y el suelo bien frotado, reluciente de limpieza, todo esto sin una señal de polvo, pero lleno de tonos fríos, un verdadero cuadro de Terburg, donde nada faltaba, ni siquiera el tono gris, representado por un papel en otra época azulado y que había pasado al tono gris. En cuanto al cuarto de dormir, nadie había penetrado nunca en él.

El barón lo abrazó todo de una mirada, vio la señal de la mediocridad en cada cosa, desde la estufa de hierro fundido hasta los utensilios de la casa, y le entraron náuseas, diciéndose:

-¡He aquí la virtud! ¿Que por qué vengo? -respondió en voz alta- Eres una joven demasiado lista para que dejes de adivinarlo, y vale más que te lo diga -exclamó, sentándose, mirando a través del patio y recorriendo la cortina de muselina plisada-. Hay en esta casa una mujer muy bonita.

-¡La señora Marneffe! ¡Oh, ya caigo! -dijo ella, comprendiéndolo todo-. ¿Y Josefa?

-¡Ay de mí! Prima, todo ha terminado... He sido puesto a la puerta como un lacayo.

-¿Y usted querría...? -preguntó la prima, mirando al barón con la dignidad de una mujer gazmoña que se ofende un cuarto de hora antes de tiempo.

-Como la señora Marneffe es una mujer distinguida, esposa de un empleado, a quien puedes ver sin comprometerte -repuso el barón-, quisiera que te visitases con ella. ¡Oh! Tranquilízate, tendrá los mayores miramientos con la prima del señor director.

En este momento se sintió el rozar de una falda en la escalera, acompañado por el ruido de los pasos de una mujer calzada con borceguíes superfinos. El ruido cesó en el descansillo. Después de dos golpecitos dados a la puerta, la señora Marneffe se presentó:

-Dispéñeme, señorita, esta irrupción en su casa; pero no la encontré ayer cuando vine a hacerla una visita. Somos vecinas, y si yo hubiera sabido antes que era usted prima del señor consejero de Estado, hace mucho tiempo que le hubiese pedido su protección para mí. He visto entrar al señor director, y entonces me he tomado la libertad de venir, pues mi marido, señor barón, me ha hablado de un trabajo acerca del personal que será sometido mañana a la firma del ministro.

Parecía estar conmovida, palpar; pero lo único que había hecho era subir las escaleras rápidamente.

-No tiene usted necesidad de solicitante, hermosa señora -respondió el barón-. Soy yo quien tengo que pedirle el favor de dejarme verla.

-Pues bien, si la señorita no lo toma a mal, venga usted -dijo la señora Marneffe.

-Vaya usted, primo mío. Pronto iré a reunirme con ustedes -dijo la prima Bela.

La parisiense contaba de tal modo con la visita y con la inteligencia del señor director, que no sólo se había hecho enterito un tocado apropiado para semejante visita, sino que además había arreglado su habitación. Desde por la mañana había puesto flores, compradas al fiado. Marneffe había ayudado a su mujer a limpiar los muebles, a dar lustre a los objetos más pequeños, enjabonándolos, cepillándolos, quitando el polvo a todo. Valeria quería hallarse en un ambiente lleno de frescura, a fin de agradar al señor director y agradar lo bastante para tener derecho a ser cruel, a entretenerle como a un niño, empleando los recursos de la táctica moderna. Había juzgado a Hulot. Dejad a una parisiense en la desesperación veinticuatro horas y derribará un ministerio.

Este hombre del Imperio, acostumbrado al género Imperio, debía ignorar en absoluto las maneras del amor moderno, los nuevos escrúpulos, las diferentes conversaciones inventadas desde 1830, y en las que la pobre débil mujer acaba por hacer que la consideren como la víctima de los deseos de su amante, como una hermana de la Caridad que cura llagas, como un ángel que se sacrifica. Este nuevo arte de amar emplea infinidad de palabras evangélicas en la obra del diablo. La pasión es un martirio. Se aspira a lo ideal, a lo infinito, y por una y otra parte quieren llegar a ser mejores por el amor. Todas estas hermosas frases son un pretexto para emplear aún más ardor en la práctica, más rabia en las caídas que se empleaban en el pasado. Esta hipocresía, que caracteriza nuestros tiempos, ha gangrenado la galantería. Los amantes son dos ángeles y, si pueden, obran como dos demonios. El amor no tenía tiempo para analizarse de este modo a sí mismo entre dos campañas, y en 1809 iba, en cuestión de éxitos, tan aprisa como el Imperio. Ahora bien; cuando la Restauración, el guapo Hulot, al convertirse en mujeriego, en un principio había consolado a algunas amigas caídas entonces, como astros apagados del firmamento político y, una vez anciano, se había dejado coger por las Jenny Cadine y las Josefás.

La señora Marneffe había preparado sus baterías al saber los antecedentes del director, que le fueron contados extensamente por su marido, después que éste hubo tomado algunos informes en su oficina. La comedia del sentimiento moderno podía tener para el barón el encanto de la novedad, pues digámoslo, Valeria estaba decidida, y el ensayo que hizo de su poder aquella mañana respondió a todas sus esperanzas. Gracias a estas maniobras sentimentales, novelescas y románticas, Valeria obtuvo, sin haber prometido nada, la plaza de subjefe y la cruz de la Legión de Honor para su marido.

Esta lucha no se realizó, como es consiguiente, sin comidas en el Rocher de Cancale, sin invitaciones para el teatro y sin muchos regalos de mantillas, chales, trajes y joyas. Como la habitación de la calle del Deanato era poco agradable, el barón proyectó amueblar una con magnificencia en la calle de Vanneau, en una encantadora casa moderna.

El señor Marneffe obtuvo una licencia de quince días para poder ir a arreglar asuntos de interés de su país y una gratificación. Se prometió hacer un viajecito a Suiza para estudiar el bello sexo.

Si el barón Hulot se ocupó de su protegida, no por eso olvidó a su protegido. El conde Popinot, ministro de Comercio, era amante de las artes, y dio dos mil francos por un ejemplar del grupo Sansón, con la condición de que se rompería el molde para que no existiese más que su Sansón y el de la señorita de Hulot. Aquel grupo excitó la admiración de un príncipe, al cual le enseñaron el modelo del reloj, que fue comprado por él en treinta mil francos, con la condición de que había de ser el único poseedor. Consultados los artistas, entre los cuales estaba Stidmann, declararon que el autor de aquellas dos obras podía hacer una estatua. Inmediatamente el mariscal príncipe de Wissemburgo, ministro de la Guerra y presidente del Comité de suscripción para el monumento del mariscal Montcornet, convocó a dicho Comité, acordando en él confiar a Steinbock la ejecución de la estatua. El conde de Rastignac, que era entonces subsecretario de Estado, quiso una obra del artista cuya gloria surgía aclamada por sus rivales. Obtuvo de Steinbock el delicioso grupo de los dos muchachos coronando a una muchacha, y le prometió un taller en el depósito de mármoles del Gobierno, situado, como es sabido, en el Gros-Caillou.

Aquello fue el éxito, pero el éxito como se obtiene en París, es decir, loco, el éxito capaz de aplastar a las gentes que no tienen hombros para soportarlo, lo cual, entre paréntesis, ocurre frecuentemente. Se hablaba en los periódicos y en las revistas del conde de Steinbock, sin que él ni la señorita Fischer lo sospechasen siquiera. Todos los días, tan pronto como la señorita Fischer se iba a comer, Wenceslao se encaminaba a casa de la baronesa, pasando allí una o dos horas, excepto el día en que Sabela iba a casa de su prima Hulot. Este estado de cosas duró algunos días.

El barón, seguro de las cualidades y del estado civil del conde de Steinbock; la baronesa, prendada de su carácter y de sus costumbres, y Hortensia, orgullosa de su aprobado amor y de la gloria de su pretendiente, no vacilaban ya en hablar de aquel matrimonio. Finalmente, el artista se creía en el colmo de la dicha, cuando una indiscreción de la señora Marneffe lo puso todo en peligro. He aquí cómo:

Sabela, a quien el barón Hulot deseaba relacionar con la señora Marneffe para tener siempre un testigo de vista de aquel hogar, había comido ya en casa de Valeria, la cual, por su parte, deseando saber algo de la familia Hulot acariciaba mucho a la solterona. Valeria tuvo, pues, la idea de invitar a la señorita Fischer a estrenar la nueva habitación que ocuparía en breve. La solterona, contenta de hallar una casa más adonde ir a comer, y cautivada por la señora Marneffe, le había tomado cariño. De todas las personas con quienes había tenido relaciones, ninguna había hecho tantos gastos por ella. En efecto, la señora Marneffe, que mimaba cuanto podía a la señorita Fischer era, por decirlo así, para ella lo que la prima Bela era para la baronesa, para el señor Rivet, para Crevel y para todos los demás que la invitaban a comer. Los Marneffe habían excitado sobre todo la conmiseración de la prima Bela, dejándola ver la profunda miseria de su hogar, revistiéndola como siempre de los más hermosos colores; amigos socorridos, que fueron ingratos, enfermedades, un madre, la señora Fortin, a quien habían ocultado sus angustias y que murió creyéndose siempre en la opulencia gracias a sacrificios sobrehumanos, etc.

Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes

Súmese como **voluntario** o **donante** , para promover el crecimiento y la difusión de la **Biblioteca Virtual Universal**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **enlace**.



editorial del cardo